

AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD

Sevilla Almohade. 1248



“ Un río, más que cualquier otro rasgo de los que marcan la superficie de la Tierra, determina el destino de un pueblo, lo perfila como entidad propia con características especiales... Pero este poder de creación y diferenciación es algo que no todos los ríos poseen. El río debe discurrir por una llanura inmensa, una planicie que no se encuentre en exceso dislocada... una llanura que se preste... al crecimiento de una población abundante, a la facilidad de las comunicaciones, a un regadío no demasiado difícil... El valle del Tigris y Eúfrates alumbró toda una cultura e hizo historia, como los valles del Nilo, del Indo, del Ganges... Hay un solo río en toda España que sea acreedor de estos atributos. Es el Guadalquivir. Únicamente el Guadalquivir sigue tranquilamente su curso por una amplia, plana y fértil llanura... Al observar un mapa de España, a primera vista se aprecia que no hay nada ni siquiera remotamente similar a esta enorme planicie de Andalucía drenada por el Guadalquivir y sus numerosos afluentes. Es un vasto espacio continuo de fértil campiña, y el Guadalquivir es el río madre, que amamanta y nutre a un pueblo, creador de historia, de lenguaje y de arte... ”

Paul Gwynne. *The Guadalquivir*. 1912.



AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD

Sevilla

Almohade. 1248



Agencia Andaluza del Agua
CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE





“El agua es el vehículo de la Naturaleza”

Leonardo da Vinci

La genialidad de Leonardo fue capaz de intuir –hace ya cinco siglos– la importancia del agua como medio de expresión de la Naturaleza. Y esto es así porque es el elemento que más condiciona la existencia de la vida en la Tierra y resulta, a la vez, el agente protagonista del modelado de sus paisajes mediante su labor de erosión, transporte y sedimentación de materiales. Además, es el disolvente universal, matriz de todo tipo de reacciones físicas, químicas y biológicas que hacen posible los ciclos de la materia y la energía en nuestro planeta.

Pero el agua es mucho más. También es factor clave determinante de la conformación del territorio, del poblamiento y del desarrollo urbano. Tan es así que la historia de la Humanidad en sus diferentes culturas y civilizaciones sería impensable si obviamos el papel que ha jugado.

Y ésta es, precisamente, la razón de ser de la iniciativa *Agua, Territorio y Ciudad. Ríos de Historia* que aquí presentamos: poner de manifiesto el valor del agua en la génesis y configuración del territorio, de sus paisajes y de la ocupación humana en el ámbito geográfico de Andalucía. Este elemento se constituye así en el hilo conductor interpretativo que amalgama las complejas relaciones entre naturaleza, historia y cultura que tienen lugar en un mismo espacio físico. Para ello se han seleccionado las ocho capitales andaluzas en las que se irán desgranando una serie de recreaciones figurativas correspondientes a diversas etapas de su desarrollo histórico. Todo el material editado de cada ciudad (láminas a vista de pájaro, libro interpretativo y edición interactiva) constituirá una poderosa herramienta didáctica capaz de llamar la atención a jóvenes y adultos. Sirva de ejemplo esta *Sevilla Almohade. 1248*, obra de presentación de la serie: bajo una aparente ingenuidad expositiva y de liviandad formal de contenidos desarrolla de manera amena y fácil la compleja historia del agua en un momento crucial de la ciudad.

Aunar sencillez con rigor y lograr, al mismo tiempo, seducir al lector es un reto difícilísimo que sólo se alcanza en contadas ocasiones. Pienso que aquí se ha logrado y es de justicia felicitar al amplio equipo participante que lo ha hecho posible. La iniciativa se lo merece, y el agua, que está en el origen de todas las cosas, también.

Cinta Castillo Jiménez

Consejera de Medio Ambiente

AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD. Sevilla Almohade. 1248

Agencia Andaluza del Agua, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía

Consejera de Medio Ambiente: Cinta Castillo Jiménez

Director Gerente de la Agencia Andaluza del Agua: Jaime Palop Piqueras

Directora General del Instituto del Agua de Andalucía: Isabel Comas Rengifo

Dirección Facultativa: José M.^a Fernández-Palacios Carmona

PROYECTO AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD. RÍOS DE HISTORIA

Idea, concepción y dirección: José M.^a Fernández-Palacios Carmona

LIBRO E INTERACTIVO AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD. Sevilla Almohade. 1248

Equipo editorial, documentación: José M.^a Fernández-Palacios Carmona, Fernando Sancho Royo, Pacho Garmendia, José Manuel Rodríguez Hidalgo, Sacramento Usero, Línea de Sombra Proyectos

Láminas de Sevilla: Pacho Garmendia

Láminas de Cádiz: Arturo Redondo

Introducción y comentarios: Fernando Sancho Royo, José M.^a Fernández-Palacios Carmona, Línea de Sombra Proyectos

Artículos: Antonio Collantes de Terán, Manuel González Jiménez, José Ramón Guzmán Álvarez, Alfonso Jiménez Martín, Rafael Manzano Martos, José Antonio Mejías Gimeno, José Manuel Rodríguez Hidalgo, Fernando Sancho Royo, Rafael Valencia Rodríguez

Diseño Gráfico: Artefacto, Guillermo d'Onofrio & Arturo Redondo

Fotografía: J. Morón, Línea de Sombra Proyectos

Impresión y Encuadernación: Escandón Impresores

© de la presente edición: 2008, Agencia Andaluza del Agua, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía.

© de los textos y fotografías: Sus autores.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del Copyright de la obra y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante venta o alquiler.

ISBN: 978-84-96776-71-5

Depósito Legal: SE-3656-2008

Impreso en España. 2008, Sevilla

Sumario

Agua, Territorio y Ciudad

El proyecto. 9

Sevilla Almohade. 1248

Introducción. 20

■ Lámina: Sevilla en época almohade. 21

La Sevilla que conoció San Fernando. *Manuel González Jiménez. 23*

Fuentes arqueológicas. *José Manuel Rodríguez Hidalgo. 26*

■ Lámina: Localizaciones. 28

Acerca del dibujo, por el autor. *Pacho Garmendia 31*

1. Agua y Territorio. 33

La hija del agua. *Rafael Valencia Rodríguez. 40*

2. Agua y Naturaleza. 43

Agua y naturaleza en la *Ixbilia* de 1248. *Fernando Sancho Royo. 50*

3. Agua y Ciudad. 53

La construcción de Sevilla. *Alfonso Jiménez Martín. 60*

El jardín almohade. *José Antonio Mejías Gimeno. 62*

4. Agua y Economía. 65

La agricultura en la Sevilla almohade. *José Ramón Guzmán Álvarez. 72*

5. La Ciudad y sus Edificios. 75

La arquitectura sevillana bajo el imperio almohade. *Rafael Manzano Martos. 84*

De la *Ixbilia* andalusí a la Sevilla castellana. *Antonio Collantes de Terán Sánchez. 86*



AGUA,
TERRITORIO
Y CIUDAD



AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD

Ríos de Historia

Desde un punto de vista genérico, se considera que el agua es el elemento que más condiciona la existencia de vida en la Tierra, constituyendo además un agente fundamental del modelado de sus paisajes. En ámbitos ya más específicos, es uno de los principales factores de la formación del territorio y una de las claves del poblamiento y del fenómeno urbano. Estos dos últimos aspectos en relación al agua son, básicamente, aun sin excluir otros matices, el punto de partida de la iniciativa *Agua, Territorio y Ciudad. Ríos de Historia* impulsada por la Agencia Andaluza del Agua de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, cuyo avance editorial se presenta en estas páginas con la primicia de una detallada representación de la capital sevillana al final de su periodo almohade, a mediados del siglo XIII.

El objetivo primordial de este proyecto consiste en poner de manifiesto y transmitir de una manera asequible y atractiva para el público en general el decisivo papel desempeñado por el agua a lo largo de la historia en la configuración, sostenimiento y evolución del medio natural, el territorio, los paisajes, las redes de asentamientos, las ciudades y la vida de las comunidades humanas en el marco geográfico de Andalucía.

Una lectura interpretativa de las intensas y complejas relaciones entre territorio, naturaleza e historia del poblamiento humano aplicada a una serie de localidades andaluzas utilizando el agua como hilo conductor.

El medio escogido para esta finalidad ha sido la realización de una colección de láminas de grandes ciudades andaluzas y sus respectivos entornos territoriales representadas en diversos estadios significativos de su desarrollo histórico. Esta colección de imágenes contempladas a vista de pájaro se plasmará en la edición impresa a gran formato de las láminas de las ciudades en sus distintos momentos cronológicos y la publicación de sendos libros dedicados a cada ciudad, que, además de contener sus correspondientes láminas, incorporan un amplio desglose de detalles con comentarios explicativos. Como complemento de esta información interpretativa, se le añade un elenco de artículos adicionales sobre aspectos específicos elegidos por su interés, redactados por especialistas. En su planteamiento editorial, el proyecto se completa, por último, con una edición electrónica interactiva de la serie de láminas de cada ciudad con apartados informativos, explicativos y didácticos que potencian su componente educativa.

Detalle de la lámina de la ciudad de Cádiz en 1812.

Ilustración: Arturo Redondo

Ocho Ciudades de Andalucía



Boceto de la lámina dedicada a Sevilla en época romana.

Ilustración: Pacho Garmendia

Las ciudades seleccionadas para la colección son las ocho capitales de las provincias andaluzas. En su diversidad y contrastada evolución, muestran un amplio repertorio de relaciones y variantes en torno al eje temático de *Agua, Territorio y Ciudad*, avalado por su importancia, dilatada historia y considerable entidad. Se hallan, por un lado, las ciudades interiores que, de uno u otro modo, caen en la órbita del Guadalquivir, el río que, como una vigorosa arteria, estructura la más extensa sección de Andalucía.

Córdoba a vista de pájaro a mediados del siglo XIX, por A. Guesdon.





Perspectiva de Granada hacia 1852, por A. Guesdon.

Córdoba y Sevilla, las grandes capitales ribereñas, asentadas en mitad de un valle modelado durante milenios por el río, al que deben gran parte de su razón de ser, de su prosperidad, y otras vicisitudes dignas de reseña. Y Granada y Jaén, también partícipes de la cuenca bética, pero con unos emplazamientos y unas connotaciones hidrológicas muy diferentes: la primera enclavada entre colinas, surcada por cauces que bajan directamente de Sierra Nevada y vinculada por definición a la vega del Genil, el principal tributario del Guadalquivir; y la segunda, asomada al borde del valle, junto a cursos de aguas superficiales menores, pero dependiente en toda su trayectoria de los caudalosos manantiales que alimentan las aguas subterráneas acumuladas en la serranía caliza a cuyo pie se ubica.



La ciudad de Jaén en el siglo XVI, dibujo de A. Van den Wyngaerde.



Pormenor de la lámina de Sevilla en época tartésica.

Ilustración: Pacho Garmendia

De otro lado, entre las ciudades elegidas para ser representadas en la colección *Agua, Territorio y Ciudad* se hallan otras cuatro en las que confluyen tanto la vertiente fluvial como la marítima, faceta ésta indispensable para contemplar en su conjunto y entender en toda su complejidad el ciclo del agua, y asimismo con una notable repercusión en los ámbitos territoriales y urbanos de numerosas poblaciones de la región.



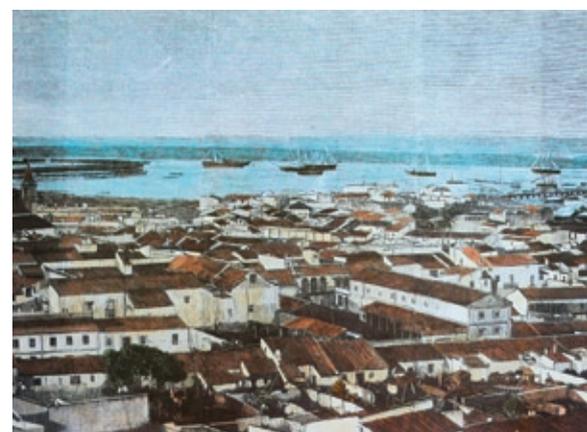
En los casos tratados en la colección se hace patente la unicidad del elemento acuático en una indisoluble conexión entre las ciudades vertientes fluvial y marítima, puesto que la configuración de sus respectivos entornos, la evolución de los entramados urbanos y su propia fortuna y desarrollo como ciudades hasta llegar a ser las capitales que en la actualidad son no podrían haberse dado sin esta presencia conjunta e interacción mutua.

Sector de la catedral y, a la derecha, del puerto en la lámina de Cádiz en 1812.

Ilustración: Arturo Redondo



En este grupo, y en la fachada atlántica, se cuentan las ciudades de Cádiz y Huelva: la primera, ciudad pionera de las fundaciones urbanas de Occidente surgida hace tres mil años a partir de un enclave insular luego transformado en istmo sobre una privilegiada bahía a causa de los aportes del vecino río Guadalete y la dinámica costera; y la segunda, remoto asentamiento establecido sobre unos cabezos al filo de la ría formada por la confluencia del Tinto y Odiel al desembocar en el Atlántico, dominando un vasto y cambiante panorama de aguazales, esteros e islas.



La ciudad y el puerto de Huelva en el siglo XIX.

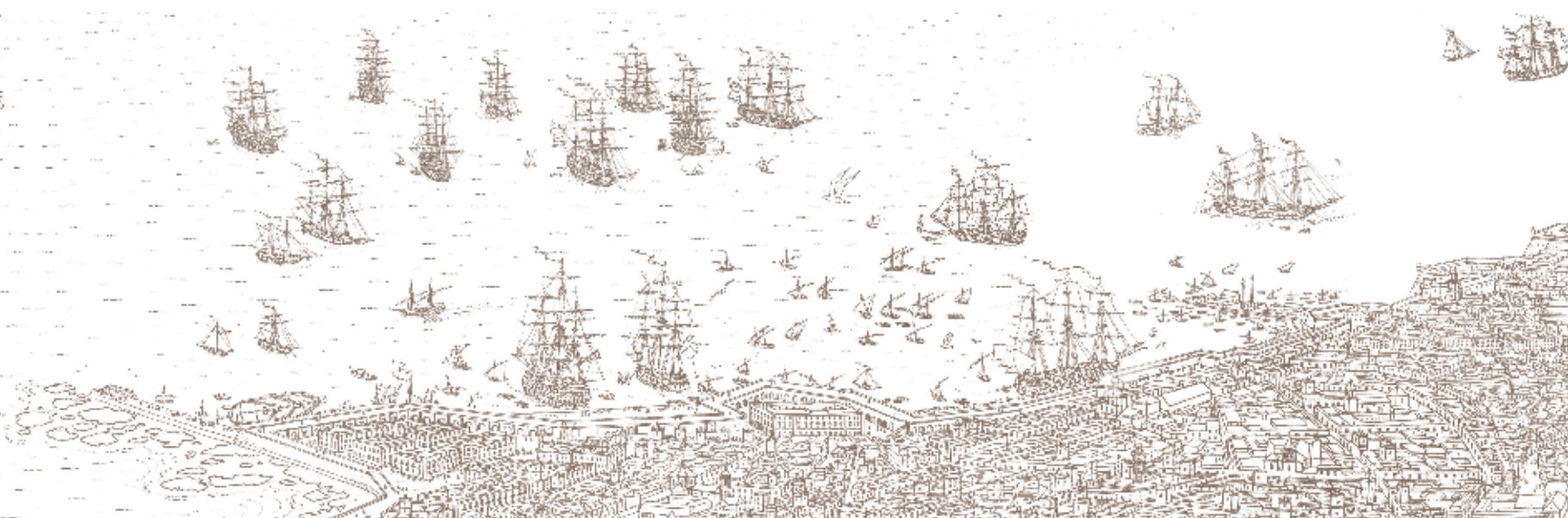


Vista de Málaga por Alfred Guesdon, siglo XIX.

Málaga y Almería, a su vez, coinciden en su localización a orillas del Mediterráneo, ubicación marítima que en ambos casos se combina con el emplazamiento junto a la boca de ríos, el Guadalmedina –o “río de la ciudad”– que desagua a la altura de Málaga, quedando también en sus proximidades la desembocadura del Guadalhorce tras regar su Hoya; y en el caso de Almería, el Andarax o río de Almería, que configura una feraz vega y un amplio delta en su tramo final al lado de la capital almeriense.



La Alcazaba y la ciudad de Almería por N. Chapuy.



Áreas temáticas

Es intención del proyecto *Agua, Territorio y Ciudad* elaborar las representaciones de las ciudades mencionadas y de sus correspondientes entornos paisajísticos en sus diferentes momentos históricos con el mayor rigor y fidelidad posibles, recurriendo tanto a los datos documentales como arqueológicos disponibles hasta el momento, con la guía y consejo de reconocidos especialistas y expertos conocedores del desarrollo territorial y urbano de las distintas poblaciones. Tarea que entraña no pocas dificultades, ya que en ocasiones la información sobre determinados lugares o etapas temporales puede presentar numerosas carencias y lagunas, obligando a una cuidadosa labor de restitución hipotética, de reinterpretaciones o, en su caso, de recreaciones. Riesgos que en todo caso han de asumirse para ofrecer unas visiones de conjunto que permitan apreciar las grandes líneas de la secuencia evolutiva de cada ciudad, y por supuesto, sobre todo en relación con el agua. Por otra parte, de modo intencionado se

ha potenciado la inclusión de ilustraciones con escenas, usos, actividades e infraestructuras vinculadas con el agua, a veces de una manera que pudiera parecer en exceso convencional. Una licencia que se justifica precisamente para reforzar su finalidad didáctica y divulgativa.

Así, en las láminas y las publicaciones basadas en las mismas se priman de manera específica determinados aspectos temáticos que, de manera constante, recibirán especial atención a lo largo de la colección. Junto a las imprescindibles connotaciones históricas que enmarcan cada lámina en su contexto temporal –valgan de ejemplos Córdoba como capital de la Bética romana o en su esplendor como metrópoli hispanomusulmana, Almería en su refundación durante el califato omeya, Cádiz y Málaga como colonias fenicias y bajo su auge mercantil del siglo XVIII, Huelva en la época de las expediciones de Colón y durante la expansión de la minería en el siglo XIX, Granada en los momentos de su auge como capital del reino nazarí o bajo la expansión urbana y agrícola del XIX, Jaén en sus impulsos de crecimiento en los siglos XIII y XVI, Sevilla como cabecera del Nuevo Mundo y a las puertas de la Exposición Universal...–, de modo recurrente en todas las series se desarrollan los siguientes bloques temáticos: Agua y Territorio, Agua y Naturaleza, Agua y Ciudad, Agua y Economía y la Ciudad y sus Edificios. Cabe también, no obstante, la posibilidad de incluir otros aspectos monográficos según los casos, pues, en definitiva, se trata de resaltar las áreas temáticas que más directamente entroncan con los contenidos y orientación del proyecto que aquí se presenta, bajo el título *Agua, Territorio y Ciudad. Ríos de Historia*.



Detalle de Cádiz en 1812.
Ilustración: Arturo Redondo

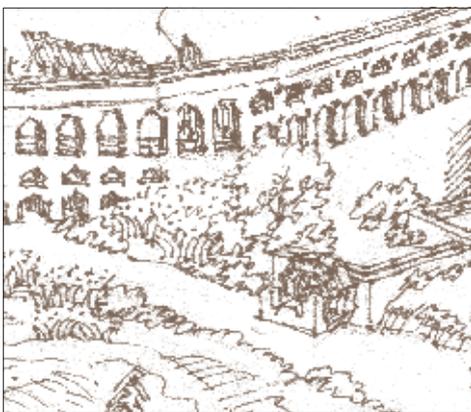


Agua y Territorio:

un análisis de las relaciones básicas entre agua, presencia humana y territorio, atendiendo a la geomorfología, ordenación del espacio rural, hábitat disperso, características y condiciones de la implantación urbana, vías de comunicaciones, urbanismo..., junto con cuestiones más concretas según cada lugar, como inundaciones o la erosión fluvial y marina.

Agua y Naturaleza:

el efecto de las condiciones climáticas, fenómenos atmosféricos, características del terreno, regímenes y caudales fluviales, mareas, humedales, aguas subterráneas, manantiales, ecosistemas, vegetación, fauna, grado de transformación del entorno por la actividad y colonización humana, paisajes...



Agua y Ciudad:

aspectos relativos a la gestión urbana del agua como condiciones generales del abastecimiento, captación, almacenamiento, conducción, potabilización, distribución domiciliaria, usos, saneamiento, depuración, niveles de consumo... Agua y ocio, religión y sociedad, agua y cultura, agua, salud e higiene, la arquitectura del agua (acueductos, baños, fuentes...).

Agua y Economía:

el agua como recurso económico, usos y actividades económicas relacionadas con el agua: agricultura, ganadería, industrias y manufacturas, pesca, comercio, transportes y navegación, turismo. Espacios y edificaciones especializadas como huertas y jardines, molinos, batanes, alfares, norias, albercas, etc.

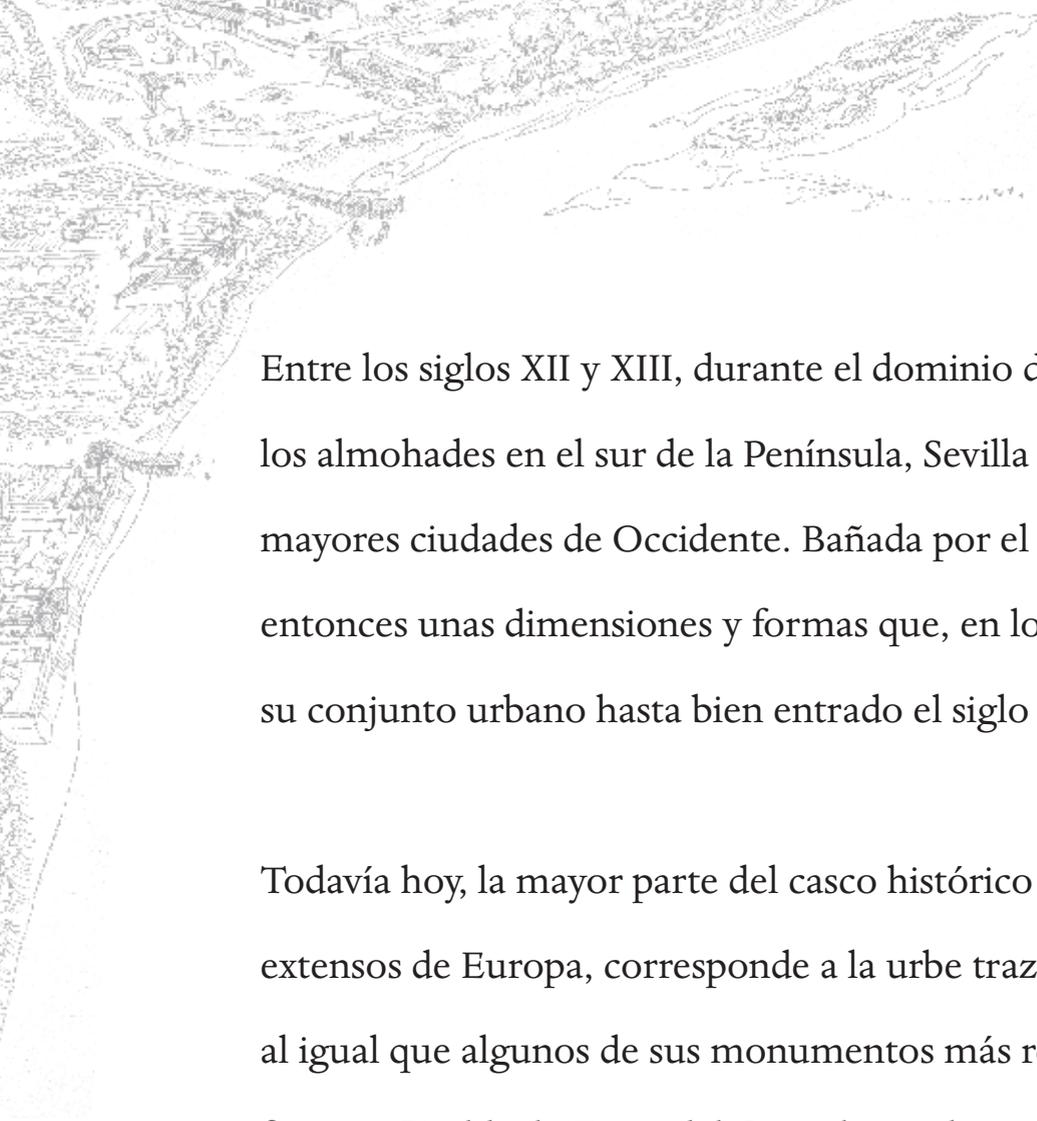


La Ciudad y sus Edificios:

Una aproximación a la entidad física y constructiva de la ciudad en sus términos más significativos, edificios monumentales, edificaciones públicas, de servicios y religiosas, construcciones defensivas, arquitectura doméstica, conjuntos urbanos, recintos, barrios y ensanches, arquitectura industrial u obras singulares.

AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD

Sevilla
Almohade. 1248

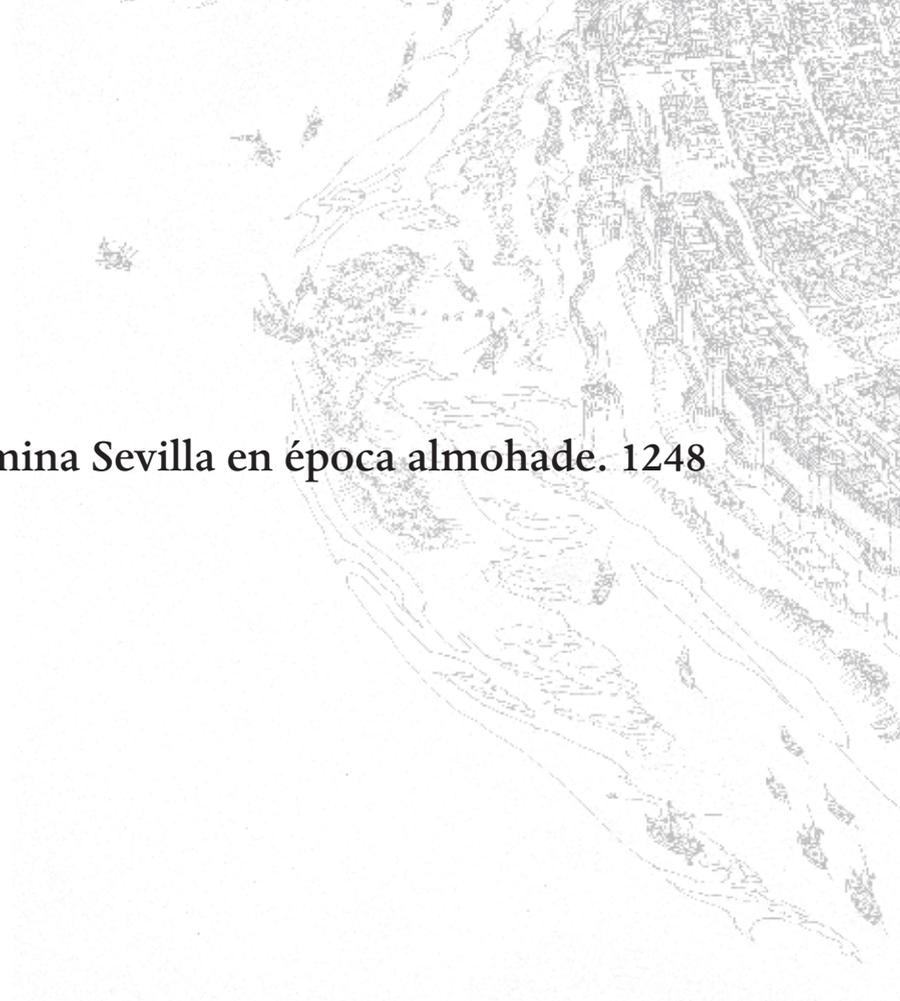


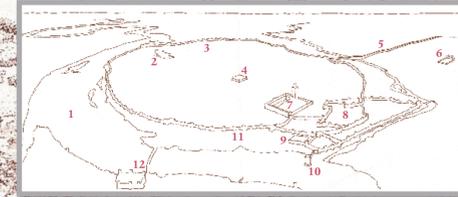
Entre los siglos XII y XIII, durante el dominio del imperio magrebí de los almohades en el sur de la Península, Sevilla se convirtió en una de las mayores ciudades de Occidente. Bañada por el río Guadalquivir, adquiere entonces unas dimensiones y formas que, en lo esencial, van a caracterizar su conjunto urbano hasta bien entrado el siglo XIX.

Todavía hoy, la mayor parte del casco histórico de Sevilla, uno de los más extensos de Europa, corresponde a la urbe trazada por los almohades, al igual que algunos de sus monumentos más representativos, como la famosa Giralda, la Torre del Oro, el acueducto de los Caños de Carmona o una buena porción del Alcázar. La huella de esta época ha perdurado además en muchos otros rasgos propios de la atmósfera sevillana, como el sutil ambiente de las callejas y adarves, la placidez de los patios y jardines urbanos, o el sosegado rumor de las fuentes.

En las páginas que siguen se presenta, bajo la mirada del agua, una artística y rigurosa recreación de la ciudad surgida en esta etapa fundamental de su historia, en los momentos cruciales del año 1248 cuando, tras su brillante esplendor como capital de los califas almohades, estaba punto de ser conquistada por el rey castellano-leonés Fernando III después de quince largos meses de asedio.

Lámina Sevilla en época almohade. 1248





- | | | |
|-----------------------------------|----------------------------|-------------------------------|
| 1. Río Guadalquivir | 5. Caños de Carmona | 9. Atarazanas |
| 2. Laguna, Alameda de Hércules | 6. Buhaira | 10. Torre del Oro |
| 3. Barrio y Puerta de la Macarena | 7. Mezquita Mayor, Giralda | 11. El Arenal |
| 4. Mezquita, el Salvador | 8. Alcázares | 12. Barrio y Puente de Triana |

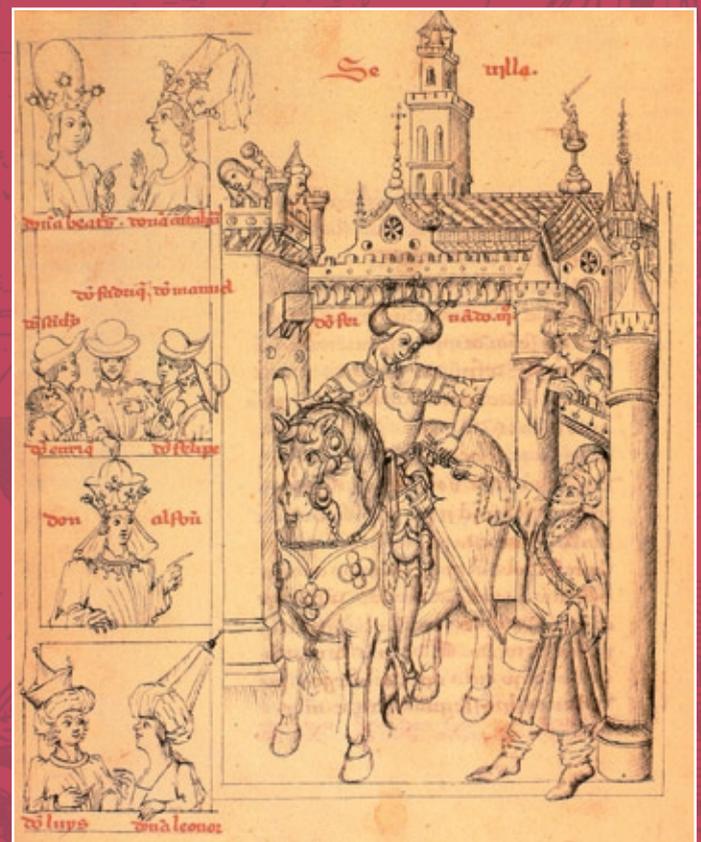
La Sevilla que conoció San Fernando

Al comienzos de 1147, mientras el rey castellano-leonés Alfonso VII el Emperador se disponía a conquistar Almería y su primo hermano Alfonso I Henriques, el primer rey de Portugal, se preparaba a sitiar la ciudad de Lisboa al frente de un ejército en el que destacaba una nutrida hueste de cruzados ingleses y flamencos, un destacamento de guerreros almohades se hacía con el control de Sevilla. Estaba a punto de iniciarse una de las etapas más brillantes de la historia urbana de la ciudad del Guadalquivir. Tras superar la inicial hostilidad de los sevillanos, el califa Abd al-Mumin se hizo dueño de Sevilla, a la que su hijo y sucesor Abu Yúsuf (1163-1168) daría el rango de capital de los dominios almohades en al-Andalus, sucediéndole su hijo Abu Yáqub (1168-1184), y a éste, a su vez, su hijo Abu Yúsuf al-Mansur (1184-1199). Sus sucesores fueron incapaces de mantener el poder que el califato almohade había alcanzado en los decenios precedentes. Uno de ellos, al-Nasir, sería derrotado en las Navas de Tolosa (1212). En 1224, tras el breve reinado de al-Wahid, depuesto y asesinado a poco de comenzar a reinar, estallaría la crisis dinástica que acabaría con el poder almohade, al menos en al-Andalus. En 1125 Fernando III iniciaba la conquista de Andalucía y dos años más tarde, en Murcia, se pro-

clamaba independiente el caudillo andalusí Ibn Hud. El último gobernador almohade de Sevilla, Abu-l-Ulá, abandonaba la ciudad para hacerse cargo del califato. Se cerraban así setenta años de presencia almohade, mientras al-Andalus y la propia Sevilla se sumían en una profunda crisis política.

Si la etapa almohade fue relativamente breve, la herencia que el califato magrebí dejó en Sevilla no pudo ser más fastuosa. En efecto, la Sevilla de la que las huestes cristianas se adueñaron a finales de 1248 debió ser realmente esplendorosa. A lo largo de los quince meses de asedio a los que Fernando III sometió a la ciudad, los castellanos pudieron entrever desde sus campamentos la riqueza monumental que les aguardaba tras los muros y defensas de su bien

Toma de Sevilla por Fernando III el Santo, en un manuscrito del siglo XV.





El puerto de Sevilla, el Guadalquivir y el barrio de Triana, por A. Van den Wyngaerde, siglo XVI.

guarnecida cerca. Alfonso X, que como infante heredero participó en el asedio de Sevilla, nos dejaría en sus obras el elogio entusiasmado de las bellezas de la urbe. Buena parte de esas maravillas fueron erigidas por los almohades entre 1150 y 1221, como sumariamente veremos a continuación.

En efecto, una de las primeras obras acometidas tras la llegada de los almohades a Sevilla fue la construcción o remodelación de la alcazaba, para dar cobijo en ella a la guarnición magrebí, dotándola de una nueva muralla hecha a costa de la erigida por al-Mutamid a fines del siglo XI. Durante el califato de Abu Yúsuf, que había sido gobernador de Sevilla en sus años juveniles, se rehizo la muralla que corría paralela al río, que había sido casi destruida por la riada de 1169. Y no contento con ello, acometió otras costosas obras públicas como el puente de barcas, que uniría Sevilla con Triana hasta mediados del siglo XIX, y el acueducto que desde los alrededores de Torreblanca traía a Sevilla el agua captada en la “montaña” de Alcalá de Guadaíra, y que entraba en la ciudad por la Puerta de Carmona, de donde el nombre de Caños de Carmona con que se le conoció desde su construcción. Los textos hablan de la erección por orden de este califa de tres alcazabas en la ciudad, correspondientes a otros tantos recintos, pero parece que no todas estas fortificaciones llegaron a terminarse

durante su mandato. Lo más notable de esta remodelación palaciega es el llamado Cuarto y Patio del Yeso, en el que destacan las delicadas celosías que cierran los arcos lobulados de los dos cuerpos laterales.

Sin embargo, su obra más importante fue, sin duda, el inicio de la construcción de la nueva mezquita aljama, que sería en buena parte demolida en el siglo XV para construir sobre su solar la catedral gótica actual. Hasta entonces la mezquita mayor sevillana había sido la de Ibn Adabbás, en el emplazamiento de la posterior iglesia de San Salvador, que sería desde entonces en orden de importancia, como mezquita y luego colegiata, el segundo lugar de culto de Sevilla. Este desplazamiento hacia el Alcázar del punto de gravedad religioso y político de la ciudad se completaría con la construcción de la nueva alcaicería de la que apenas quedan restos de su traza, a través de la cual se daba acceso al patio de abluciones o Patio de los Naranjos de la nueva mezquita.

La traza de la nueva mezquita aljama se debió a Ben Basso, “el príncipe de los alarifes”, quien dio comienzo a las obras de explanación en 1172. Diez años más tarde estaba oficialmente concluida, a falta de la construcción del alminar. Las obras se iniciaron en 1184 y se finalizaron en 1198 con la colocación de las bolas de bronce dorado del *yamur*. Sevilla acababa de

incorporar a su simbología urbana posiblemente la más importante de sus señas de identidad.

No concluye aquí el elenco de obras arquitectónicas correspondientes al período almohade. A los califas de Marrakech se deben la almunia palaciega de la Huerta del Rey o Buhaira, cuyo enorme estanque era abastecido con el agua proveniente de Alcalá; la Torre del Oro, el castillo de Triana, que defendía el acceso al puente de barcas y la reconstrucción, ampliación y reforzamiento de la muralla, de la que sólo quedan visibles unos pocos restos tras la sistemática destrucción y ocultamiento llevado a cabo en el siglo XIX en nombre del progreso.

Añádanse a todas estas maravillas los palacios, mezquitas y otras edificaciones de las que los textos y, más recientemente, la arqueología nos ofrecen algunos testimonios. Éste sería el caso de la *midaa* o sala de abluciones descubierta en 1994 en la plaza Virgen de los Reyes.

Ésta es, a grandes rasgos, la Sevilla que heredaron los conquistadores, y que procuraron conservar hasta donde fue posible. Prueba de ello es que la etapa almohade es, en lo que atañe a la historia urbana de la ciudad, la que cuenta con los más numerosos y significativos testimonios de época islámica. Pero esta pervivencia de lo islámico no fue sólo fruto del utilitarismo del que hace gala toda civilización que se superpone a otra de distinto signo. Hubo también mucho de aprecio por el arte, refinado y prestigioso, del mundo islámico. Un cronista casi contemporáneo de Alfonso X refiere que entre las varias propuestas de rendición ofrecidas por los sevillanos al rey Fernando III se incluyó una que propugnaba el derribo del alminar de la mezquita. La respuesta del

entonces infante don Alfonso fue tajante y conminatoria: “Que si derribasen un ladrillo de los que estaban encima [de la torre], que por aquello non le fincaría moro ni mora en Sevilla”. La historia es posiblemente apócrifa; pero refleja a la perfección la admiración y aprecio del futuro Rey Sabio por el arte y la civilización islámica, en general, y por Sevilla, en particular. Y esta admiración se refleja en los elogios que se incorporaron a la *Estoria de España* mandada escribir por el monarca, en la que uno de sus últimos capítulos proclama las grandezas y belleza de Sevilla. Los compiladores resaltan varios elementos de la ciudad que, junto a otros, hacían de Sevilla la urbe más noble del reino: su puerto, al que llegaban navíos de todas partes; el Aljarafe y sus mil alquerías, que abastecían de aceite a todo el mundo, “por mar y por tierra”; su impresionantes e inexpugnables defensas, formadas por muros, torres, barbancas y fosos; la Torre del Oro, “hecha a obra tan sutil e tan maravillosa”, y la torre de la catedral de Santa María, coronada por cuatro manzanas que, “cuando el sol hierre en ella, resplandece como rayos muy lucientes”. Nada tiene, pues, de extraño que desde el momento mismo de su conquista, Fernando III y, sobre todo, su hijo Alfonso X hiciesen del Alcázar sevillano su principal residencia y la capital de un reino sin capital fija. ❖

Miniatura de una batalla con la intervención de musulmanes y cristianos de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio.



Fuentes Arqueológicas

Junto a la precisión e imprecisión de los textos que se refieren a *Ixbilia*, la incorporación de la ciencia arqueológica al estudio del pasado ha contribuido, en no poca medida, a hacer posible la imagen de la ciudad en el siglo XIII que aquí y ahora se presenta.

En los últimos años, desde la administración cultural se ha instaurado la tutela del patrimonio arqueológico. El Conjunto Histórico de Sevilla, dada sus dimensiones, disparidad y complejidad, se ha dividido en diversos sectores que han desarrollado normativas específicas de protección tanto para el patrimonio subyacente, como para el emergente.

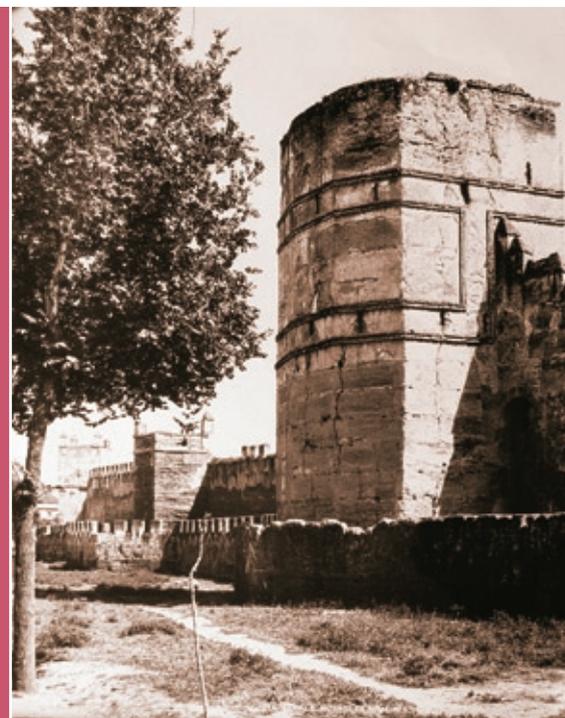
Desde las cotas más profundas hasta las más elevadas, la ciudad se ha convertido en un yacimiento susceptible de ser estudiado con metodología arqueológica. Cada vez que hurgamos en sus entrañas o epidermis, para recuperar e informarnos del pasado que atesora, son múltiples y de diversa especialización los investigadores que se asoman a este rico yacimiento, ávidos por conocer, interpretar y diagnosticar sobre los restos exhumados.

Son centenares las intervenciones arqueológicas que en las últimas décadas se han realizado en Sevilla. Unas en su mayoría de carácter preventivo, otras, vinculadas a investigaciones sistemáticas de los grandes monumentos. El Alcázar, la Catedral,

la Iglesia del Salvador, el solar de la Encarnación, el Palacio de San Telmo, la Torre del Oro, distintos tramos de las murallas, el Mercado de Triana, son algunos de los inmuebles en los que se ha focalizado la investigación arqueológica, escudriñando sus orígenes y transformaciones.

A pesar de ello, es cierto que la ciudad adolece, para éste y otros momentos históricos, de un modelo de gestión que permita sintetizar y rentabilizar científica o socialmente lo mucho que se excava. No obstante, la proximidad y el conocimiento del día a día de cuanto se realiza en la ciudad permiten paliar en alguna medida esas carencias y, con lo que aportan las descripciones y crónicas de la época, aventurar una síntesis interpretativa de *Ixbilia* en su máximo esplendor.

Esta síntesis tampoco hubiera sido posible sin el desarrollo de estudios geo-arqueológicos, que, con múltiples mediciones, han permitido establecer el proceso de evolución geográfica y topográfica de la llanura aluvial donde se asienta el yacimiento,



Murallas de la Macarena con la Torre Blanca, en una imagen de finales del siglo XIX.

y, por tanto, una aproximación muy certera a los factores geomorfológicos determinantes de la génesis y evolución urbana de Sevilla, como los relacionados con la terraza fluvial, el río, su paleocauce y el área de influencia del Tagarete.

Quien vea por vez primera esta lámina de *Ixbilia* seguramente no podrá sino admirarse. Admirarse por la calidad del dibujo, y aún más si se detiene en los detalles. Seguro que quien la contemple, curioso o estudioso, podrá penetrar en el pasado almohade de la ciudad e imaginarse, por qué no, que pasea por sus angostas calles, o que otea a vuelo de pájaro el Guadalquivir, los palacios del califa, la gran aljama que mandó construir, la antigua mezquita mayor de Ibn Adabbás, o los demás oratorios, palacios o baños dispersos por el abigarrado caserío, entre huertas, campos y lagunas.

La lámina incorpora, a día de hoy, los resultados que las últimas intervenciones arqueológicas han aportado y que la escala del dibujo permite. Muchos permanecen aún inéditos, como la situación de la *Maqbarat Bab Hamida*, el Cementerio de los Alfareros descubierto durante las obras del tranvía entre la plaza de San Francisco y la iglesia del Sagrario. Otra gran aportación, debida a las últimas obras de infraestructura en la calle San Fernando y Puerta de Jerez, es la constatación de la construcción de un gran foso, inundado por la conexión entre el Tagarete y el Guadalquivir, que reforzaba la entidad defensiva del Alcázar y lienzo sur

de las murallas. Con este fin, se cercenó una calzada y se arrasaron algunas casas romanas, cuyos fragmentados mosaicos pudieron extraerse y restaurarse. Foso que fuera dibujado por George Vivian hacia 1838 antes de ser cubierto y canalizado hasta el pie de la Torre del Oro.

En fin, otra aportación significativa de la lámina, que deberá refrendar la arqueología, es intuición del dibujante, buen conocedor de la ciudad. En el Corral de las Herrerías de la Casa de la Moneda, donde la historiografía había situado las “villas y casas para el gobierno” del hermano del califa Abu Yáqub, el *sayyid* Abu Hafís, ubica la dársena con sus atarazanas y astilleros. Junto a esta hipótesis, con grandes visos de verosimilitud, hay otras muchas que armonizan con viejas crónicas o datos arqueológicos cuya enumeración sería demasiado prolija. Considero que el autor de la lámina, Pacho Garmendia, ha realizado un trabajo encomiable, y que quien esto suscribe y ha colaborado con él facilitando el conocimiento que la arqueología va ofreciendo, no puede por menos que verse satisfecho por un resultado que sin duda se convertirá en un clásico de la iconografía de Sevilla. ❖

Cauce del Tagarete como foso de las murallas de Sevilla ante la Puerta de Jerez, detalle de una litografía de G. Vivian, hacia 1838.



Localizaciones

Localización de diversos elementos citados en los cinco capítulos en los que se comenta la vista de Sevilla en época almohade. Junto a cada elemento se indica la referencia –compuesta por una letra seguida de un número– para poder situarlo con facilidad en la lámina.

Agua y Territorio			
Alcores	A9-A10	Norias, albercas	A3, A8, B10, C5, C8, D1
Antiguos cauces	A1-A2	Hornos y alfares	B1, D2
Arroyo Tagarete	A7, B8-B9, C8-C9, D7	Actividades industriales	A6, C5, C8
Macarena	A4-A5	Pastos intramuros	C3-C5
Prado, Campo de los Mártires	A8	Huertos, regadíos	A1-A7, B8-B9, B3-C3
Huertas	A4-A8	Campos de secanos	A9-A10
Viñas	B9-B10	Viñas	B9-B10
Bosques de galería	A1-A2, A7-A8	La Ciudad y sus Edificios	
Vegetación palustre	C10, D10	Alcázares, murallas y torres	
Alcantarillas	C10, D5	Alcázares	C7-C9
Almunias, casas de campo	A2, A4, A7, A8, B1, D8	Alcázar Viejo	C7
Poblaciones		Torre del Agua	B8
Santiponce	A2	Alcazabas	C7
La Algaba	A3	Murallas y antemuro	A3-A7, C3-C9
Alcalá del Río	A4	Torre del Oro	D7
Cantillana	A6	Coracha	D7
Tocina	A6	Torre de la Plata	C7-D7
Alcolea del Río	A6	Torre Blanca	A5
Carmona	A9	Castillo de Triana	D3
Agua y Naturaleza		Puertas	
Meandros	A3-A4	Puerta Real o de Goles	B2
Bancos de arena	B2-C2, C3-C6	Puerta de San Juan	A3
Islas	B2-C2	Puerta de Bibarragel o Barqueta	A3
Bosques de ribera	A1-A4	Puerta de la Macarena	A4
Áreas de inundación	A2-B2, C9-C10, D9-D10	Puerta de Córdoba	A5
Fauna piscícola	D3	Puerta del Sol	A6
Avifauna	C10-D10	Puerta Osario	A6
Agua y Ciudad		Puerta de Carmona	B7
Caños de Carmona	B8, A9-A10	Puerta de la Carne	B8
Depósito de agua	B6	Puerta de Jerez	C8
Huertos y jardines urbanos	B3-C3, C4, C8-C9	Postigo del Carbón	C7
Área de la actual plaza de la Alfalfa	B6	Puerta de los Barcos (Postigo del Aceite)	C6
Madre vieja del río	A4-B4, B5, C4-C5	Puerta del Arenal	C5
Laguna de la Feria (Alameda)	A4-B4	Puerta de Triana	C4
Laguna de la Pajería (Molviedro)	C5	Sectores urbanos	
Desagües, alcantarillas	C4	Macarena	A4-A5
Fuente de abluciones	C6	Arenal	C5
Baños	B4, B7, C8	Triana	D1-D7
Castillo de Triana	D3	Mezquitas, otras construcciones y espacios	
Puente de barcas	D3	Aljama, mezquita mayor	C6
Foso de Triana (la Cava)	D1	Patio de los Naranjos	C6
Foso del Tagarete	D7-C8-C9	Alminar de la aljama (Giralda)	B7
Agua y Economía		Mezquita de Ibn Adabbás	B5
Área portuaria	D4-D7	Otras mezquitas	A4, A5, A6, B3, B4, B8, C4, C6, D5
El Arenal	C4-C7	Puente de barcas	D3
Atarazanas	C7	Baños	B3, B7, C8
Naves	D4-D8	Baños de la Reina Mora	B4
Galeras	D6-D7	Cementerios	C5, C6, C8
Barcas	C3, D3-D6	Alcaicería Vieja	B6
Barcas de pesca	B2, C3, D3	Alcaicería Nueva	B6-C6
Secaderos de pescado	C3	Caños de Carmona	B8, A9-A10
Carpintería de ribera	C3	Alcantarilla de las Madejas	B8
Molinos hidráulicos	A10, B9	La Buhaira	B10
		Explanadas (<i>musallas</i>)	A8, C9-D9
		Campamentos cristianos	A5, A8, B9-B10

Lámina Sevilla en época almohade. 1248. Localizaciones



Entre los siglos XII y XIII, durante el dominio del imperio magrebí de los almohades en el sur de la Península, Sevilla se convirtió en una de las mayores ciudades de Occidente. Bañada por el río Guadalquivir, adquiere entonces unas dimensiones y formas que, en lo esencial, van a caracterizar su conjunto urbano hasta bien entrado el siglo XIX.

Todavía hoy, la mayor parte del casco histórico de Sevilla, uno de los más extensos de Europa, corresponde a la urbe trazada por los almohades, al igual que algunos de sus monumentos más representativos, como la famosa Giralda, la Torre del Oro, el acueducto de los Caños de Carmona o una buena porción del Alcázar. La huella de esta época ha perdurado además en muchos otros rasgos propios de la atmósfera sevillana, como el sutil ambiente de las callejas y adarves, la placidez de los patios y jardines urbanos, o el sosegado rumor de las fuentes.

En las páginas que siguen se presenta, bajo la mirada del agua, una artística y rigurosa recreación de la ciudad surgida en esta etapa fundamental de su historia, en los momentos cruciales del año 1248 cuando, tras su brillante esplendor como capital de los califas almohades, estaba punto de ser conquistada por el rey castellano-leonés Fernando III después de quince largos meses de asedio.



Lámina Sevilla en época almohade. 1248

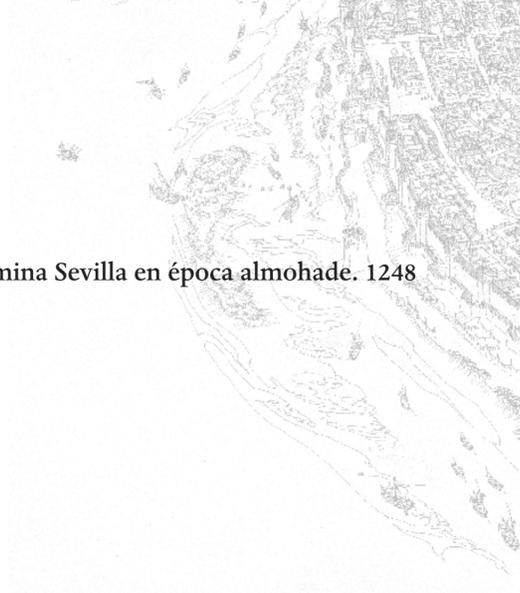
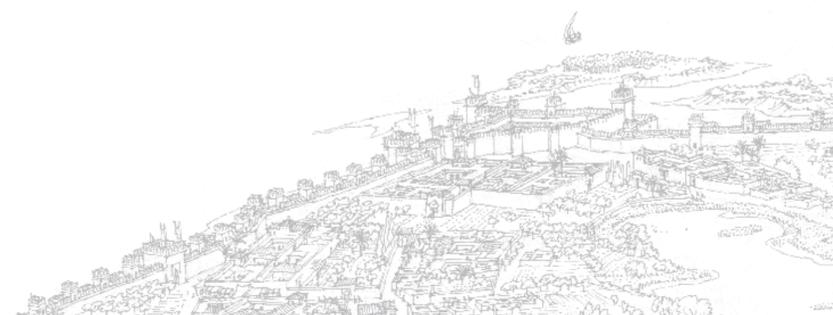


Lámina Sevilla en época almohade. 1248. Localizaciones



y, por tanto, una aproximación muy certera a los factores geomorfológicos determinantes de la génesis y evolución urbana de Sevilla, como los relacionados con la terraza fluvial, el río, su paleocauce y el área de influencia del Tagarete.

Quien vea por vez primera esta lámina de *Ixbilia* seguramente no podrá sino admirarse. Admirarse por la calidad del dibujo, y aún más si se detiene en los detalles. Seguro que quien la contemple, curioso o estudioso, podrá penetrar en el pasado almohade de la ciudad e imaginarse, por qué no, que pasea por sus angostas calles, o que otea a vuelo de pájaro el Guadalquivir, los palacios del califa, la gran aljama que mandó construir, la antigua mezquita mayor de Ibn Adabbás, o los demás oratorios, palacios o baños dispersos por el abigarrado caserío, entre huertas, campos y lagunas.

La lámina incorpora, a día de hoy, los resultados que las últimas intervenciones arqueológicas han aportado y que la escala del dibujo permite. Muchos permanecen aún inéditos, como la situación de la *Maqbarat Bab Hamida*, el Cementerio de los Alfareros descubierto durante las obras del tranvía entre la plaza de San Francisco y la iglesia del Sagrario. Otra gran aportación, debida a las últimas obras de infraestructura en la calle San Fernando y Puerta de Jerez, es la constatación de la construcción de un gran foso, inundado por la conexión entre el Tagarete y el Guadalquivir, que reforzaba la entidad defensiva del Alcázar y lienzo sur

de las murallas. Con este fin, se cercenó una calzada y se arrasaron algunas casas romanas, cuyos fragmentados mosaicos pudieron extraerse y restaurarse. Foso que fuera dibujado por George Vivian hacia 1838 antes de ser cubierto y canalizado hasta el pie de la Torre del Oro.

En fin, otra aportación significativa de la lámina, que deberá refrendar la arqueología, es intuición del dibujante, buen conocedor de la ciudad. En el Corral de las Herrerías de la Casa de la Moneda, donde la historiografía había situado las “villas y casas para el gobierno” del hermano del califa Abu Yáqub, el *sayyid* Abu Hafis, ubica la dársena con sus atarazanas y astilleros. Junto a esta hipótesis, con grandes visos de verosimilitud, hay otras muchas que armonizan con viejas crónicas o datos arqueológicos cuya enumeración sería demasiado prolija. Considero que el autor de la lámina, Pacho Garmendia, ha realizado un trabajo encomiable, y que quien esto suscribe y ha colaborado con él facilitando el conocimiento que la arqueología va ofreciendo, no puede por menos que verse satisfecho por un resultado que sin duda se convertirá en un clásico de la iconografía de Sevilla. ❖



Cauce del Tagarete como foso de las murallas de Sevilla ante la Puerta de Jerez, detalle de una litografía de G. Vivian, hacia 1838.

Acerca del dibujo, por el autor.

Cuando me propusieron plasmar en sucesivas láminas la evolución en el tiempo de la ciudad de Sevilla y su río desde su génesis hasta la actualidad, no me lo pensé dos veces y me dispuse a acometerlo con una combinación de inocencia, entusiasmo y prepotencia. De haberlo calibrado con menos candor y más sensatez, habría tenido muchas más reservas, habría previsto que la complicada labor documental supondría necesariamente enfrentarse a una sucesión de obstáculos para el desarrollo de un dibujo ágil. Es frustrante no poder dejar que el dibujo fluya cuando cada línea significa con frecuencia tomar una decisión arriesgada. Pero supongo que un exceso de prudencia puede ser un freno a la hora de meterse en tamaños berenjenales. También es verdad que podría haberlo resuelto sin tanto celo, de forma más sugerida, más suelta. Pero una vez metido en faena, definido el grado de detalle, no había marcha atrás. Y la densidad de la información invitaba a un dibujo denso. Esto respecto al acabado, a la parte “artística”. Respecto al rigor documental, ya es harina de otro costal; no creo que hubiese manera de aligerar sensiblemente el proceso. La dificultad de este trabajo documental responde a una razón: y es que la extraordinaria complejidad de la evolución morfológica de la ciudad, modelado su solar por un río salvaje y divagante, lo pobre y efímero de sus materiales constructivos y lo fragmentario de sus registros arqueológicos, y lo laberíntico y necesariamente vaga huella de la deriva del río –mal conocida hasta hace poco–, no facilitan que los estudiosos de historia, arqueología e hidrología local se pongan de acuerdo en algo. Además, buena parte de la información topográfica y paisajística la he obtenido yo mismo a pie de calle y de Google Earth. Para complicarlo todo más todavía, no pude resistir la tentación de estudiarme a fondo toda la ingente cantidad de información que desinteresadamente me ha ido facilitando J. M. Rodríguez Hidalgo, quien no en vano conoce a todo el mundo.

Si antes apuntaba que la deriva del río hasta hace muy poco no era muy conocida, se puede decir que hoy por hoy ésta y la naturaleza del sistema de terrazas y llanura aluvial están siendo estudiadas con objetividad y suficiencia de medios tales que conocemos mejor la topografía antigua que la realidad urbana que se le asienta. Resulta que además he tenido acceso prácticamente a toda la documentación historiográfica y arqueológica con interés para el trabajo. La consecuencia de todo esto es que yo, que soy, digamos, “profano” en estas materias –académicamente al menos– me he visto en la tesitura de estar en más favorables condiciones que los “profesionales” para cotejar un enorme cuerpo documental de distintas disciplinas desde una perspectiva por mi mismo carácter profano, menos lastrado por prejuicios. Además, la propia naturaleza del trabajo implica que constantemente surjan problemas inevitables de enfrentar, problemas y lagunas que generalmente se rodean. Acaba uno encontrándose en una posición que, aparte de suponer una responsabilidad, me obliga a aceptar que el ejercicio de la imaginación, atada en corto por supuesto, es condición sine qua non para poder rematar. Evidentemente, es imposible no ser considerado un intruso y estoy preparado para encajar una lluvia de críticas. Pero como bien dijo el hijo de Hispalis Cayo Lupulo: *dissentio intelligentiam propitiat* (el desacuerdo propicia el entendimiento).

Al final, el panorama que se me ofrece tras hilvanar todo este compendio de datos es el de un caserío encalorado en el pequeño otero donde termina la punta del espolón que forma el último desarrollo del sistema de terrazas, alzándose sobre las cotas inmediatas como un animal tumbado que levantara la cabeza, superando la cota antigua de los ocho metros sobre el nivel del mar que garantiza quedar a salvo de las grandes crecidas del río, como si fuera una isla en medio de la llanura aluvial inundada. Caserío que se derrama y contrae al albur de las pulsiones del gran e inquieto río sin que vuelva a encajar en sí mismo por causa no sólo del poder destructor de las aguas, sino también por el antagonismo de las culturas que tuvieron que reconstruir periódicamente la ciudad desde sus propias ruinas.

Un látigo que golpea y se retira de la terraza va empezando a ser imagen recurrente de este río viejo –¿o brazo de río?– destructor y dador de vida, de sentido y de forma, que adquiere un carácter metafísico, escatológico, siendo consustancial a las distintas ciudades que se han ido acomodando al estado que éste ha ido adoptando. Distintas ciudades difícilmente reconocibles unas en otras hasta la época almohade, la lámina protagonista de este volumen, en que la ciudad y el río se “fossilizan” .

A partir de entonces el río parece que se relaja, se encaja, se empieza a dejar domesticar, sin dejar de recordar periódicamente su carácter destructor, y la ciudad empieza un proceso de copiaje de sí misma, a veces incluso a pesar de sus dueños.

La evolución de ese río antiguo ha sido tan dinámica y los cambios tan dramáticos que haría falta mostrar demasiadas secuencias para que pudiera ser perfectamente inteligible, por lo que me he permitido ciertas “licencias poéticas” para que los dibujos se expliquen por sí solos. Licencias que también me he tenido que permitir en la escala. Aunque la intención es que no se note, o al menos no chirrie, las dimensiones y distancias de los distintos elementos están redimensionadas para que, por un lado, la vista pueda captar todos los detalles en un formato pequeño y, por otro, para dotar de mayor protagonismo a las partes más sensibles, lo cual no esta exento de problemas porque este protagonismo cambia en cada época y al sobredimensionar unas partes se pueden estrangular otras, que acabarán cobrando mayor importancia en épocas posteriores. Y los dibujos tienen que encajar unos con otros, con lo que la tarea acaba resultando un encaje de bolillos. Además la perspectiva está trampeada para que entre el mayor territorio posible, dado el carácter interdependiente de éste y la ciudad.

Respecto al formato de trabajo, el propósito inicial de que los originales funcionasen por sí mismos, fuesen inteligibles en su tamaño original, me privaron desde el principio de la ventaja de trabajar a una escala mayor y jugar con el efecto de precisión que te permite la reducción, como tampoco pude contar con las prestaciones de programas informáticos. Esta limitación tiene, sin embargo, otra razón de ser y ha supuesto un beneficio; dada la enorme cantidad de información y detalle que contienen las láminas, la posibilidad de ser más preciso implica dos riesgos: que el trabajo se dilatase en el tiempo y que se hiciera demasiado abigarrado, saturado y no pudiese soportar la reducción a formatos pequeños. El formato elegido, por otro lado, aun estando en desventaja frente a un dibujo original a una escala mayor a la hora de las grandes ampliaciones, da un efecto muy enérgico y atractivo.

Pasa también que durante el desarrollo del trabajo han salido a la luz nuevos datos que me han obligado a hacer rectificaciones sobre la marcha una vez tintado el dibujo, lo que ha supuesto complicaciones añadidas. Se da la paradoja de que buena parte de la información de la que he dispuesto para hacer un dibujo técnicamente anacrónico se ha obtenido con la ayuda de medios técnicos muy sofisticados. No obstante, el dibujo acabado en una primera fase para que funcione sin más es susceptible –y de hecho lo he concebido así, y en tal caso ahora sí con la ayuda de la informática– de ser muy versátil a la hora de encajar distintos acabados: de detalle para ampliaciones o audiovisuales, de color, de texturas, de tratamiento del agua...

El resultado final creo que tiene mucha enjundia y resultará atractivo y espectacular para la mayoría, y goloso para los entendidos. Las láminas cobrarán su sentido definitivo contempladas en conjunto, pero también funcionan por sí solas. Para acabar quiero comentar que me ha sorprendido la calidad del trabajo que se está haciendo sobre Cádiz. Los problemas que a mí me han abrumado creo que para ellos han sido más livianos, pero seguro que también habrán tenido que superar su propia carrera de obstáculos.

Pacho Garmendia



Agua & Territorio

1

El agua construye territorio de dos formas: una directa, trabajando incesantemente la superficie de la tierra con las escorrentías de las precipitaciones que erosionan unos lugares abriendo nuevos caminos y depositando lo arrastrado por sus corrientes; y otra, de forma indirecta, condicionando el asentamiento y usos por parte de las poblaciones humanas según su disponibilidad. Así permite la transformación del espacio con la aparición de cultivos, infraestructuras y actividades diversas.



1. El escalón de Sierra Morena.

El borde meridional de la Meseta (Macizo Hercínico) marca el límite superior de la Depresión del Guadalquivir. Visto desde el sur se antoja como una elevación, por lo que recibió el nombre de Sierra Morena, cuando en realidad es más un escalón que una sierra. El Guadalquivir lo recorre en dirección noreste-suroeste desde Andújar hasta Alcalá del Río, donde cambia de dirección para dirigirse al sur. De Sierra Morena bajan caudalosos afluentes que en la actualidad abastecen a poblaciones y extensos regadíos.

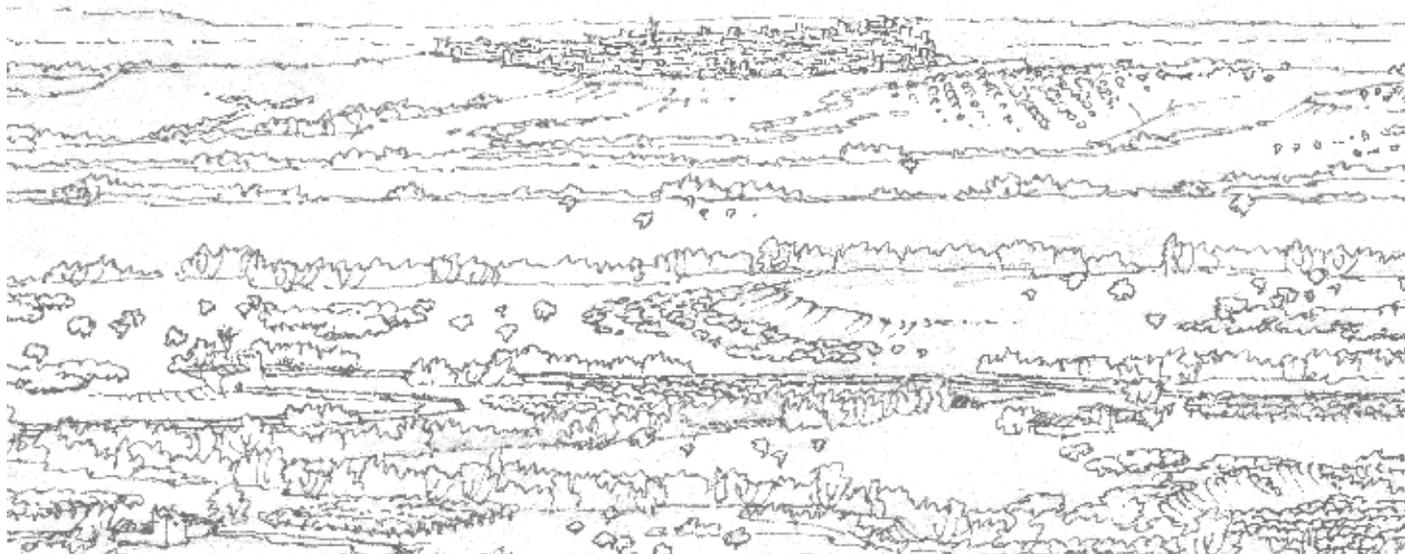


2. Una dilatada llanura fluvial inundable: vega y terrazas.

En su tramo final el río ha generado con sus sedimentos una extensa llanura por la que se abre paso con dificultad, debido a la falta de pendiente, hasta el mar. En esta llanura se aprecian los restos de un sistema escalonado de terrazas, construido por el mismo río, que se corresponden con distintos regímenes fluviales. Las terrazas más antiguas, más alejadas del cauce actual, están a mayor altura, por lo que no se inundan. La más moderna, más baja, constituye la vega, que se convierte en una llanura de inundación durante las crecidas. Sobre los restos de una terraza intermedia se asienta la ciudad de Sevilla.

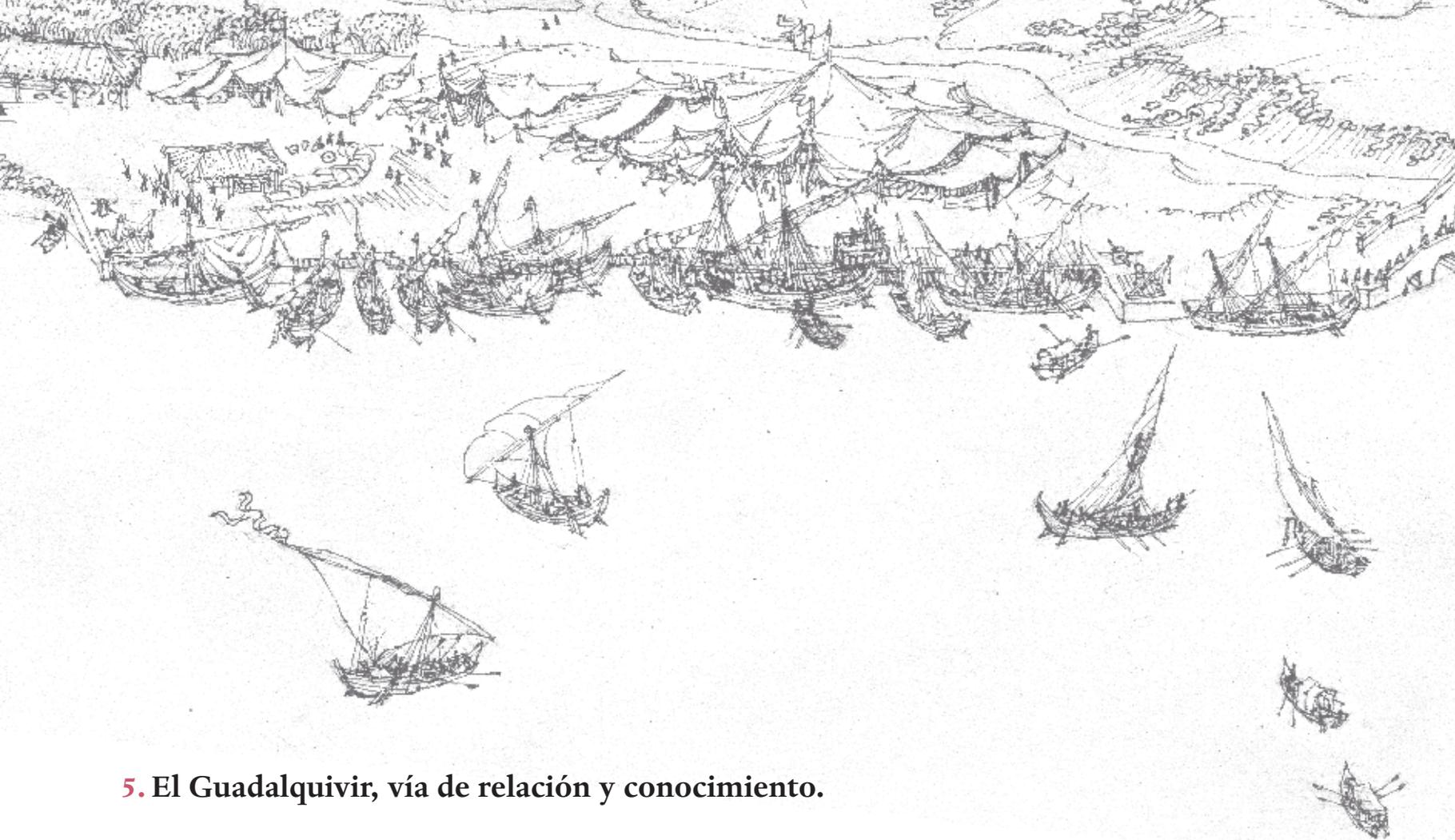
3. Un ancho valle entre los Alcores y el Aljarafe.

Dos elevaciones amesetadas flanquean el valle a la altura de Sevilla. Son formaciones geológicas de gran personalidad por la naturaleza de sus suelos y su altitud relativa, pues, aunque sus cotas máximas apenas rebasan los 200 m, suponen una excepción en una superficie situada a sólo 8 o 10 m sobre el nivel del mar. Estas formaciones fueron ocupadas por el hombre desde la Antigüedad por las ventajas de su posición, suelos fértiles bien drenados y abundancia de aguas subterráneas. Las denominaciones de Alcor o Aljarafe, ambas de raíz islámica, hacen referencia a su singularidad topográfica, con el significado de “otero”, “altura”, “elevación”.



4. El Guadalquivir, frontera natural.

En Sevilla, el Guadalquivir (*ued el-khebir*, el Gran Río) está aún a unos 120 km de su desembocadura. Para llegar al mar ha de atravesar antes un amplio estuario sometido a la acción de las mareas: las marismas. El punto más meridional para poder cruzar el río está cerca de Alcalá del Río, el Vado de las Estacas, a sólo una decena de kilómetros aguas arriba de Sevilla. A partir de allí sólo puede cruzarse con la ayuda de embarcaciones. Esta circunstancia proporciona a Sevilla una favorable posición de cabeza de puente entre ambos márgenes de enorme importancia.



5. El Guadalquivir, vía de relación y conocimiento.

En una época en la que los viajes por tierra son largos e inseguros y los caminos precarios o inexistentes, el río es una “carretera” inigualable, sobre todo para el transporte de grandes cantidades de mercancías y personas. *Ixbilia* disfruta de una situación privilegiada por su río navegable a las puertas de valle del Guadalquivir, circunstancia que la convierte en una encrucijada estratégica entre el interior de Andalucía y las rutas de larga distancia.



6. *Ixbilia*, novia de las aguas bien defendida.

La ciudad levantada sobre un pequeño cabezo a salvo de las avenidas invernales se rodea de cursos naturales para dificultar un ataque desde el exterior. Por el este y el sur la circunda el Tagarete, pequeño afluente procedente de los Alcores por el que sube la marea hasta el prado del Campo de los Mártires; por el oeste se halla el cauce no vadeable del gran río, y por el norte, los restos de antiguos cauces abandonados.



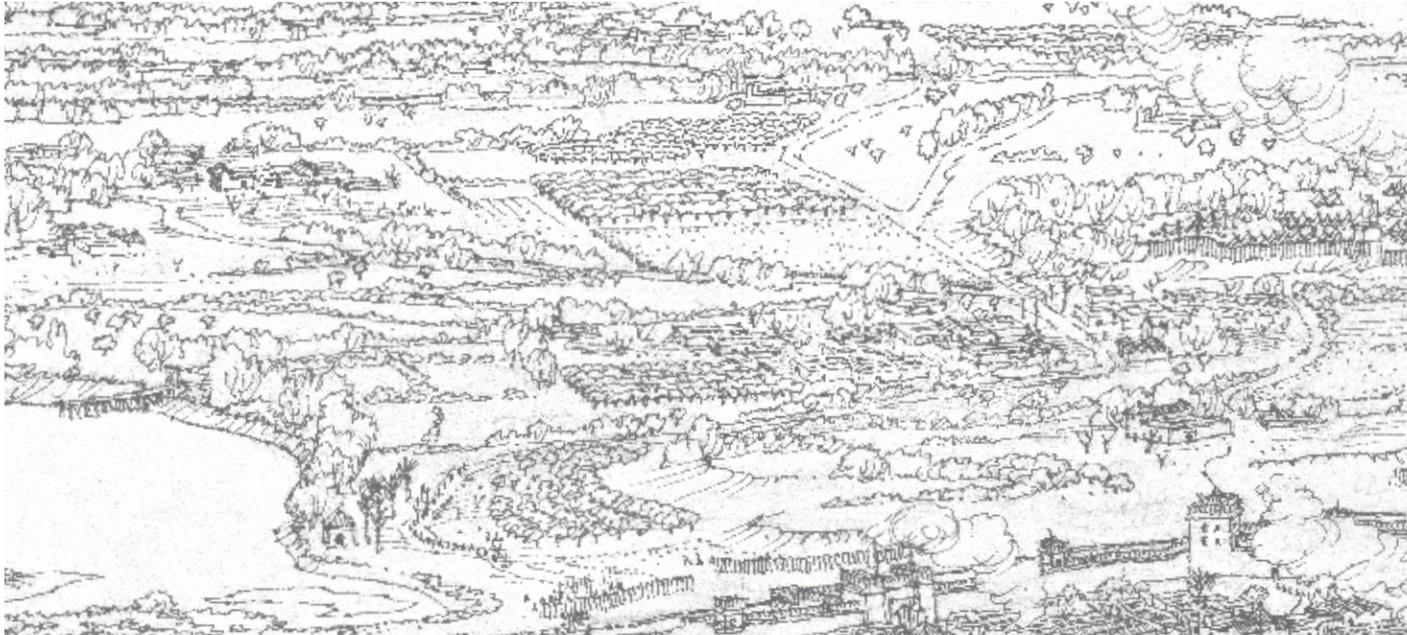
7. El Gran Río, un collar de perlas.

No obstante el riesgo que supone el Guadalquivir con sus crecidas invernales y grandes riadas que todo lo arrasan, sus ventajas son también muy importantes. En sus orillas se levantan fincas de recreo, almunias, torres, alquerías y un rosario de aldeas y poblaciones, desde La Algaba y Alcalá del Río, a Cantillana, Alcolea, Tocina o Lora.

8. El Guadalquivir, un río salvaje.

En época almohade, el Guadalquivir es un río indómito cuyo caudal varía desde cero hasta miles de metros cúbicos por segundo, lo que significa que el nivel de las aguas puede subir hasta 10 m de altura y más sobre el nivel habitual en muy pocas horas, provocando graves daños. La inundación de 1200 fue, al decir de las crónicas, especialmente dañina; en Sevilla el río se llevó por delante 6.000 casas y con la bajada de las aguas aparecieron más de 700 cadáveres. En esa fecha ya existe la muralla, que al parecer no resistió la fuerza de las aguas.





9. Un campo fértil.

Los depósitos traídos por el río con sus avenidas elevan poco a poco la llanura y garantizan su fertilidad año tras año. Pero la proximidad de la capa de agua subterránea dificulta el crecimiento de la vegetación en las zonas más deprimidas, que permanecen inundadas a veces durante meses. En las áreas más elevadas se cultivan viñas (en la vega del Tagarete) y huertas de frutales y hortalizas (desde la Puerta de la Macarena hasta la del Sol). El resto queda dominado por la vegetación natural: restos del bosque de galería (tarajes, sauces, álamos, etc.) y de prados y zonas encharcadas con vegetación palustre (eneas, juncos, carrizos, cañas).



10. Un campo encharcadizo difícil de transitar.

La génesis fluvial de la llanura se manifiesta en el carácter pantanoso y encharcadizo de los alrededores de la ciudad. Los antiguos cauces del Guadalquivir, activos durante las grandes avenidas o incluso ya desconectados de la red hidráulica pero aún persistentes en el terreno, se inundan con las aguas de lluvia o las del río. La proximidad de las aguas freáticas en conexión directa con el río dificultan la infiltración, y la ausencia de pendiente, la escorrentía. Los caminos o arrecifes deben ir sobreelevados y contar con alcantarillas o tajeas que salven los cursos de agua.

¡Oh, Sevilla!

*(¡Oh, Sevilla!), te pareces, cuando el sol está en el ocaso,
a una novia esculpida en la belleza!*

*El río es tu collar, la montaña tu diadema,
que el sol corona como un jacinto.)*

Ibn Hisn, siglo XI



La hija del agua

Cuando los primeros contingentes árabes llegaron al área de Sevilla al final del verano del 712, trajeron consigo todo el universo simbólico de los desiertos de Arabia donde surge el primer Islam. Los poetas y autores sevillanos de la Alta Edad Media harán una y otra vez referencia al paisaje de origen, en un al-Andalus donde el elemento árabe primitivo fue constitutivo de la elaboración identitaria. Pero para ellos el paisaje ideal no es el desierto sino los oasis donde de refugiaban sus antepasados durante las etapas de sus marchas por las estepas de la Península Árabe. La idea de Sevilla-oasis, la idea de la antigua *Ixbilia* ligada al agua, podemos encontrarla en todos los aspectos de la vida ciudadana.

Los autores árabes sevillanos nos dejan perfectamente localizada la situación de la capital: el último punto adonde llegan las mareas procedentes del mar. Este hecho da lugar a la constitución de Sevilla como uno de los más importantes puertos andalusíes y hace surgir la necesidad de traer a la ciudad agua potable. Por ejemplo desde Alcalá del Río mediante los aguadores que recorrían los mercados alrededor de la mezquita de Ibn Adabbás, el actual Salvador, o en los posteriores de la nueva mezquita mayor, al final del siglo XII. En esas fechas, el gobernador almohade, camino de Marrakech para convertirse en el Califa Abu Yúsuf Yáqub al-Mansur, ordena la obra pública que completaba la red de



Miniatura hispanomusulmana del siglo XIII, con personajes, edificios y noria.

pozos urbanos: los Caños de Carmona que traerán el agua desde Alcalá de Guadaíra.

Esta agua abastecía en sus necesidades a los habitantes de Sevilla, pero también a las huertas de los alrededores. Las faenas agrícolas del área, una de sus señas, como actividad económica y como esfuerzo de los autores ocupados en la experimentación y el estudio de la tradición anterior en este campo, abarcaban no sólo los cultivos de secano sino los de regadío. En huertas y jardines, que en ocasiones adornaban los recintos palaciegos, como los Palacios de la Laguna Grande, la Buhaira.

La Laguna Chica se situaba en el ámbito de la actual Alameda de Hércules, como hija de un antiguo

brazo del Guadalquivir. Ese río siempre presente en la vida de la ciudad, en el comercio que unía a la ciudad con Córdoba a través de él o en los barqueros que transportaban a los sevillanos de aquel tiempo en sus *anaceas* –“juergas” según el vocablo local– hasta Triana o Santiponce. O durante las inundaciones que no pudieron contener las murallas ordenadas construir hacia 1125 por el juez de la ciudad Ibn al-Arabi, cercadas también por el cauce del Tagarete. En el relato de una de estas crecidas, la de la primavera de 1200, un autor dice que “Sevilla quedó convertida en lo que solía ser, una isla”. El agua le daba la riqueza y también la destrucción. Y los sevillanos pasearon entonces en barca por la actual Plaza Nueva y seguían hasta la Puerta de la Barqueta.

El listado de los nombres de lugar de la Sevilla árabe aparece jalonado con frecuencia por topónimos relacionadas con el agua: los molinos del “Río Sublime”, como le llaman algunos autores, y sus recodos con múltiples denominaciones; las islas del bajo Guadalquivir o las marismas que formaban también parte del paisaje sevillano; las fuentes de la ciudad o sus alrededores; los baños, las atarazanas o la Puerta de los Barcos; los riachuelos o cursos de agua de la zona convertidos en lugares poéticos como el Río de las Acacias que todavía recuerda algún poeta árabe actual; los puentes y las praderas escenario de la vida urbana; la



Viñeta de Sevilla a mediados del siglo XVI, con un recinto muy similar al de la ciudad almohade.

Iglesia del Agua; o los jardines, que en el lenguaje árabe sevillano llevan el calificativo de *Yanna* o alguno de sus muchos derivados, que en árabe significa “paraíso”.

En uno de sus últimos poemas, antes de morir en 1095, el rey al-Mutamid, condenado al destierro sin ver el Aljarafe, el Guadalquivir o los Alcores, denominaba a su familia, destrozada cuando no cubierta de luto, como los “Hijos del agua del cielo”. Su añoranza de Sevilla, en Agmat, cerca de Marrakech, con el seco Atlas de fondo, le había hecho adoptar un calificativo propio de la capital del reino que había perdido. ❖

Dibujo del bajo Guadalquivir del siglo XVIII.





Agua & Naturaleza

Se dice que el agua es fuente de vida, y el paisaje en que se asienta Sevilla está profundamente ligado al agua. En el pasado reciente fue fondo de un amplio golfo interior, un espacio anfibia que ha ido emergiendo paulatinamente por los aportes del propio río y que sólo con las grandes crecidas recupera su antiguo carácter acuático. La presencia de agua posibilita el desarrollo de ecosistemas –estuarios, humedales o sotos de ribera– de una gran riqueza y productividad biológica. El proceso de emersión ha continuado hasta nuestros días, de modo que la ciudad se ha independizado en la práctica de un río que fue causa directa de su existencia.

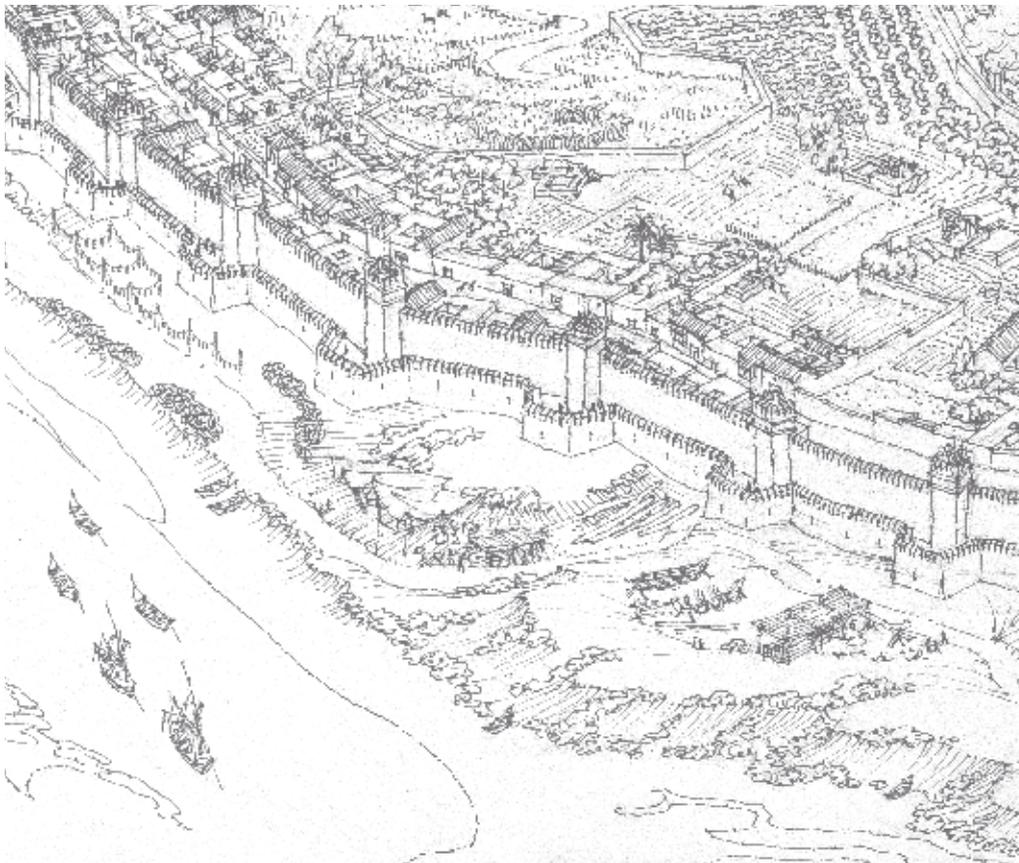
Agua & Naturaleza

1. Un río que es una ría.

El Guadalquivir a la altura de *Ixbilia* es un río peculiar: fluye seis horas hacia la mar y otras tantas hacia tierra empujado por la acción de las mareas. Un tratadista del siglo XII afirma que el agua salobre llegaba hasta la misma ciudad, situada a más de 120 km de la desembocadura, por lo que el agua dulce debía tomarse del cauce más arriba de la ciudad.

2. Un cauce ancho y espasmódico.

El río erosiona la llanura encajando su cauce en sus propios sedimentos ayudado por el vaivén de la marea. Las aguas discurren lentas por la falta de pendiente, salvo con las avenidas. Éstas son tan potentes que en esos momentos el flujo sólo tiene un sentido, hacia el mar. En el cauce surgen numerosos bajos o bancos de arena que a veces llegan a aflorar y dan lugar a islas que dividen el curso fluvial en varios brazos. En las numerosas curvas o meandros que hace el río se alternan las orillas erosionadas, inestables y de fuerte desnivel, con las opuestas, suaves, con playas formadas por los depósitos de arenas.



3. Los caudales invernales.

Los inviernos de fuertes lluvias son propicios para incrementos de caudales moderados que, sin embargo, no pueden discurrir por el cauce normal, por lo que lo desbordan inundando las márgenes. La fuerza de la corriente provoca un escalón que delata el nivel de la crecida.

4. Los bosques de ribera.

Allí donde el agua no bate con fuerza surge una vegetación arbórea permanente: son los bosques de ribera formados por sauces o mimbrales y tarajes en primera línea con las raíces en el agua, seguidos de álamos blancos, olmos y fresnos. En medio crecen zarzas y madreselvas que trepan por el follaje tejiendo densas pantallas de vegetación. Estos sotos son reductos de sombra y frescor durante el calor del estío, refugio de ruiseñores, oropéndolas y zarceros.



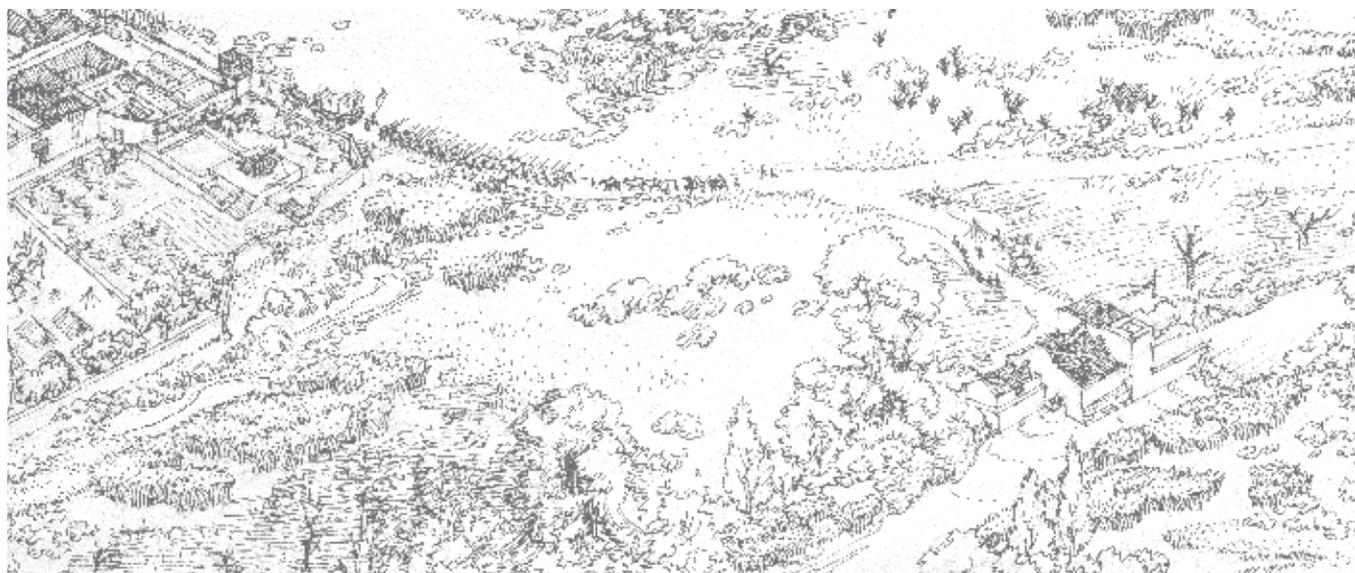


5. Un mosaico de paisajes ligados al agua.

En una llanura semipantanosas donde las aguas se evacuan con dificultad, las pequeñas diferencias de nivel suponen grandes cambios en periodos de encharcamiento o en el régimen de erosión-deposición provocado por el río. También hay vestigios de antiguos cauces –“madres viejas”– que recuperan su funcionalidad durante las riadas y quedan como lagunas en periodos de calma. Sobre estos terrenos crece un mosaico de vegetación natural que comprende sotos con arboleda y zarzales, grandes manchas de adelfas, carrizos y espadañas al borde de charcas temporales, juncales de bayunco y castañuela, así como pastizales efimeros con plantas de rápido crecimiento adaptadas al pastoreo intensivo del ganado.

6. Aguas ocultas.

En los sedimentos que componen la llanura aluvial generada por el río se acumulan limos, arenas, gravas y cantos rodados. Son elementos detríticos más o menos groseros con elevada permeabilidad y capacidad de almacenar agua, por lo que dan lugar al desarrollo de un extenso nivel de aguas freáticas en conexión directa con el río. Esta presencia de agua subterránea a escasa profundidad permite el crecimiento de una vegetación que la aprovecha gracias a sus raíces, a la vez que facilita su explotación por el hombre mediante pozos.





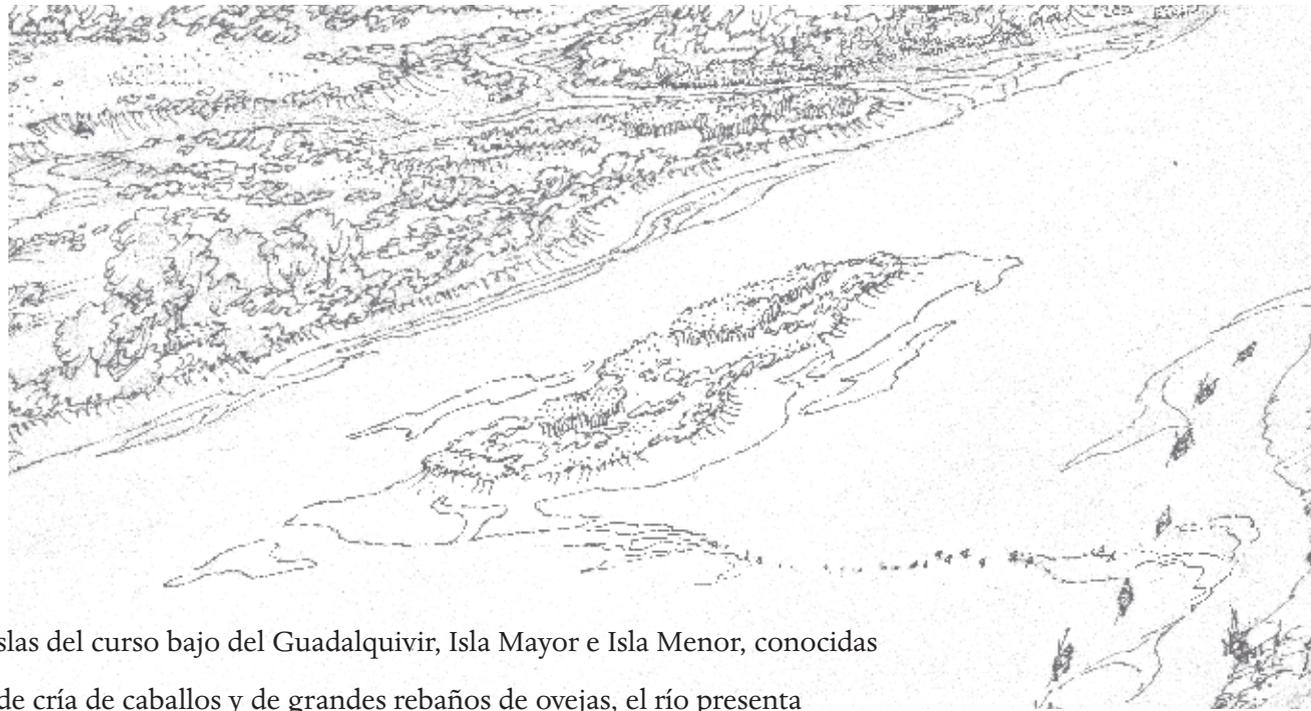
7. La fauna acuática estuarina.

El río de Sevilla y sus numerosos afluentes dan cobijo a una fauna piscícola muy variada debido a la calidad de sus aguas y al carácter estuarino del bajo Guadalquivir, en el que coinciden especies de ecosistemas acuáticos terrestres con otras marinas. En el río abundan especies dulceacuícolas como carpas, tencas o barbos, y aguas abajo, otras más propias de aguas salobres como bogas, sabogas y albures, o directamente de aguas saladas como róbalos, pejerreyes o lampreas. A éstas se añaden las especies que completan su ciclo de vida entre los dos sistemas, como las anguilas que desovan en el mar y viven en los ríos, o los sollos o esturiones que hacen lo inverso.

8. La fauna terrestre.

La abundancia de agua y vegetación junto con las temperaturas suaves o calurosas originan una explosión de formas de vida en toda la llanura aluvial. Los insectos se multiplican y sustentan una variada población de aves insectívoras, así como de ranas, sapos y otros anfibios. En el agua, los patos y aves zancudas como espátulas, garzas, martinetes, moritos o calamones aprovechan los variados hábitats determinados por la presencia y profundidad de la lámina de agua. A las aves se suman nutrias, ratas de agua, zorros, lobos y otros mamíferos depredadores atraídos por la abundancia de presas.





9. Islas en el río.

Además de las dos extensas islas del curso bajo del Guadalquivir, Isla Mayor e Isla Menor, conocidas desde antiguo por ser zonas de cría de caballos y de grandes rebaños de ovejas, el río presenta numerosas islas e islotes más o menos temporales, testigos de la fuerte deposición que caracteriza a su régimen espasmódico. En época de estiaje los ganados aprovechan también los pastos de estas islas.

10. Un ambiente malsano.

No obstante las amables descripciones árabes de *Ixbilia* y de sus campos, la falta de drenaje que mantiene los suelos permanentemente húmedos y la oscilación de las aguas por la mareas que dejan extensas planicies de lodos y arenas al descubierto son el ambiente propicio para la proliferación de toda clase de insectos y de organismos patógenos para los seres humanos.



Orillas del Guadalquivir

(Los olmos que se descuellan sobre los jardines
son como lanzas llenas de banderolas de seda.

No es de extrañar que estas tropas se alzarán contra el río,
cuando le vieron vestido con la cota de mallas
que le forjan los vientos al arrugar sus aguas.

El río rechazó a las tropas una y otra vez
con sus ondas; pero se inclinaron sobre él
y hubo de someterse, lamentándose con su murmullo.

De Ben Sahl, judío de Sevilla (m. 1251)



La ciudad amurallada de Sevilla, en medio de la llanura surcada por el río Guadalquivir, en un dibujo del siglo XVI de A. Van den Wyngaerde.

bosquetes de sauces y mimbreras con zarzas y plantas trepadoras. Más ocasionalmente aún destacan algunos restos de la vegetación original más desarrollada que han sobrevivido a las razzias de los cristianos, con ejemplares de chopos, álamos, fresnos y tarajes. Este bosque ligado al agua sólo se mantiene en las orillas de los ríos, pero a distancia de la ciudad, entre otras razones debido a las talas por sus habitantes para aprovechar la madera.

En estas condiciones la fauna está, también, determinada por la presencia del agua. Miles de millones de larvas de mosquitos y otros insectos constituyen el alimento básico para una amplia comunidad de aves insectívoras. La vegetación enraizada y sumergida representa lo propio para otra comunidad de aves no menos compleja de alimentación vegetariana, en la que dominan las anátidas. Anfibios, reptiles y otros pequeños vertebrados, entre los que no hay que descartar pequeños peces, soportan la depredación de garzas, martinets, cigüeñas, y sobre todas ellas, de las rapaces, grandes y pequeñas.

Entre tanta vida natural y en las proximidades de la ciudad se entremezcla con la fauna silvestre el ganado

vacuno, lanar y caballar, que pasta en semicautividad en los prados de Tablada (*Talyata*).

En el río se produce anualmente el ascenso de los peces para desovar aguas arriba de la desembocadura en los playazos arenosos, donde el agua es más fresca, limpia y oxigenada. Destaca entre todos el gran esturión o sollo, al que acompañan anguilas, sabogas, sábalos, lisas y toda una suerte de otros peces que sirven de alimento a las nutrias, zorros y jabalíes cuando al avanzar el verano se quedan atrapados en charcas cada vez más reducidas.

Lejos de la ciudad y de la llanura fluvial, en las tierras a salvo de las grandes avenidas, la vegetación cambia sustancialmente. Aquí el problema no es el exceso de agua sino su escasez en el largo periodo estival. Es el dominio de la encina y el acebuche como elementos arbóreos y de los lentiscos, coscojas, olivillas, mirtos, jaras... como especies del sotobosque. La fauna también cambia y no es raro encontrar lobos próximos a la ciudad o incluso osos río arriba en los sotos de parajes que con el tiempo serán las poblaciones de Cantillana y Villanueva del Río. Pero eso es otra historia... ❖

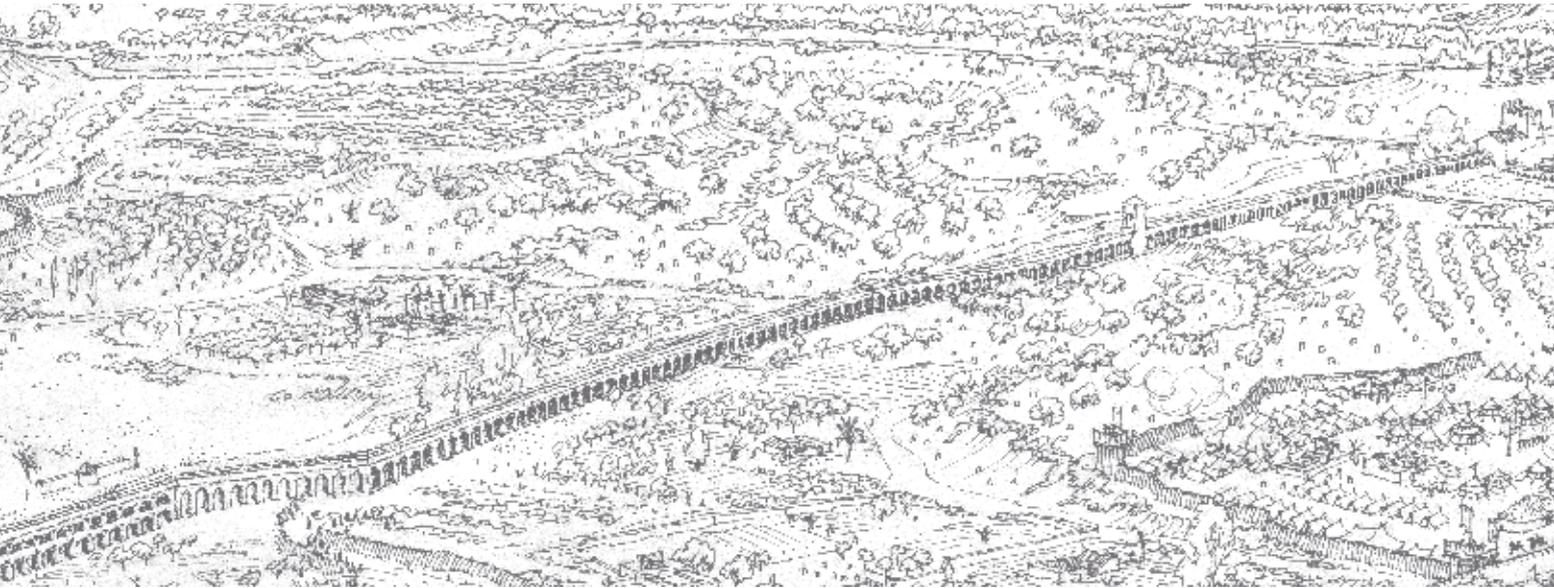


Agua & Ciudad



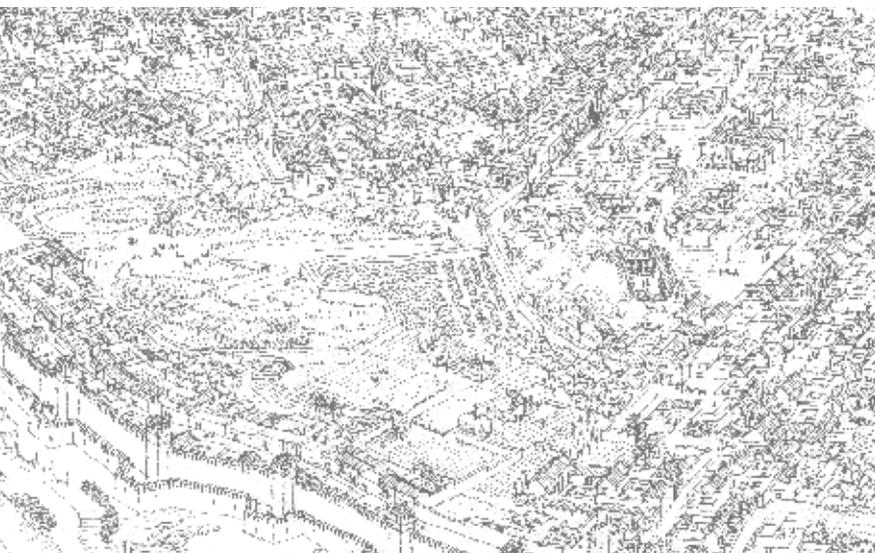
El desarrollo y el futuro de una ciudad es estrictamente dependiente de la presencia de agua potable en cantidad suficiente durante todo el año y durante todos los años. Su demanda, aunque no muy exigente en caudales, sí lo es en términos de regularidad y calidad. Tradicionalmente, las ciudades han distinguido diversos tipos de agua en función del uso a que se destinaban. Y en Sevilla, paradójicamente, a pesar de ser una ciudad fluvial, el agua potable de calidad ha sido un recurso limitado cuyo suministro ha exigido un considerable esfuerzo, en contraste con la abundancia de aguas no tan saludables para otras demandas.

Agua & Ciudad



1. El abastecimiento cotidiano.

En la Sevilla almohade hay infinidad de pozos de agua de escasa calidad, suministro básico que se complementa con la que acarrear los aguadores y la de algunas fuentes de los contornos. La gran novedad de la época es la puesta en servicio en 1172 de los Caños de Carmona, obra de origen romano que trae excelentes aguas de manantial desde la vecina Alcalá de Guadaíra, a unos 17 km. A partir de diversas ramificaciones y depósitos, suministra agua potable corriente a edificios públicos, palacios de la realeza, residencias de las clases altas y a algunos depósitos y pilares para el consumo de la población.



2. Huertos y jardines urbanos.

La ciudad cuenta en su interior con extensas áreas no edificadas destinadas a huertos de hortalizas, frutales y diversos cultivos de regadío. En las casas principales son frecuentes además los patios ajardinados en los que se combinan plantas para el consumo y otras puramente ornamentales.

Una vegetación urbana que exige un considerable caudal de agua que se obtiene mediante norias y otros artefactos de pozos practicados en el inagotable y cercano nivel freático soportado por el río.

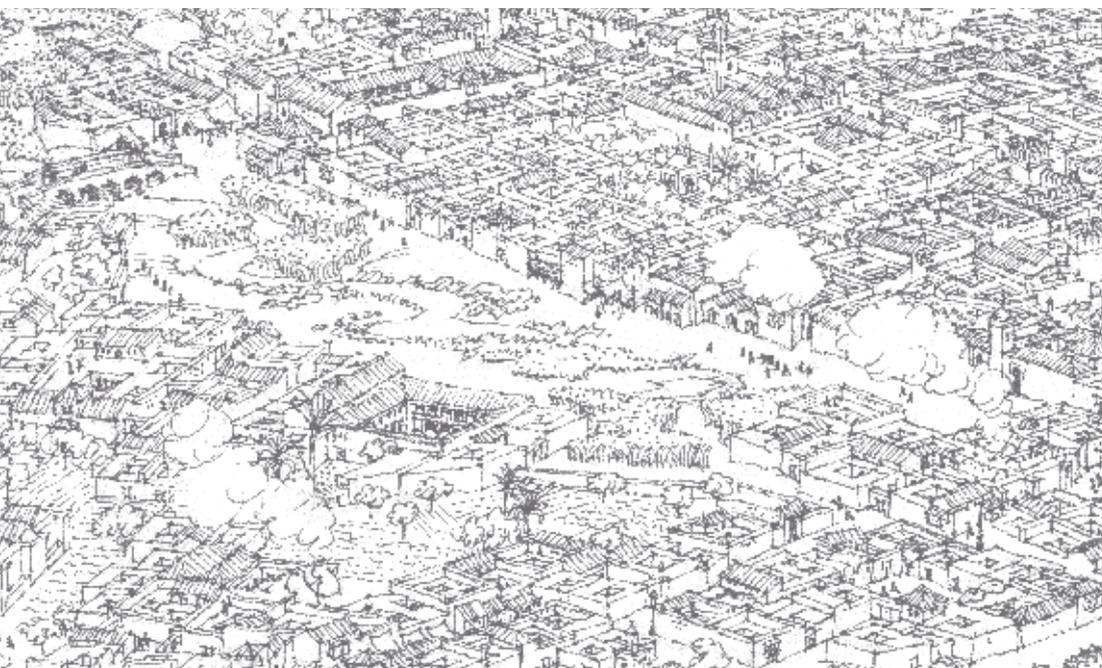
3. Pozos, aljibes, aguadores y pilares.

Los pozos domésticos y públicos, con aguas de calidad deficiente, sirven para cubrir las necesidades de higiene y limpieza, de baños e industrias, y el abrevaje de ganado. Son corrientes también los aljibes que acumulan agua de lluvia para uso doméstico. Para el consumo de boca se dispone además del agua que los aguadores o azacanes toman de un pontón río arriba de la ciudad, donde es menor el efecto salobre de las mareas y la contaminación de aguas residuales. Está además el agua de los Caños de Carmona del gran depósito situado cerca de la actual plaza de la Alfalfa y de otros menores, así como de varios pilares públicos, como los que se localizan hacia la mezquita mayor.



4. La “madre vieja”.

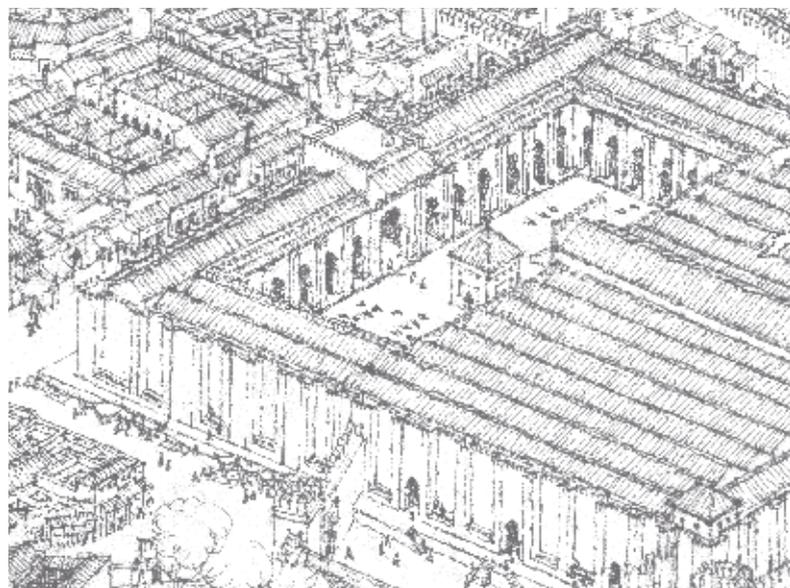
Por el interior del recinto urbano aún discurre un antiguo brazo, o “madre”, del Guadalquivir que se perpetúa en un reguero de lagunas y hondonadas cenagosas que van desde el noroeste de la ciudad hasta las inmediaciones del puerto. Un cauce que vuelve a llenarse cuando las aguas inundan la ciudad en las grandes riadas. Con el paso del tiempo, el propio viario urbano hereda el trazado de este viejo curso fluvial a lo largo de una sinuosa secuencia de calles y ensanches.



5. Las aguas residuales.

Si las deficiencias en la distribución de agua potable resultan considerables, los sistemas de recogida y evacuación de aguas residuales son precarios o inexistentes en muchos barrios. La evacuación de aguas de casas e industrias como mataderos, tenerías, almazaras, etc. es deficiente, abundan los pozos negros, y sólo algunas zonas cuentan con madronas o cloacas. A veces, además, los desagües acaban en las lagunas y charcas del interior de la ciudad.

Es práctica común arrojar a la calle las aguas sucias, que se infiltran en el suelo, y contaminan el acuífero.



6. Fuentes de abluciones.

Las mezquitas requieren de un aporte continuo de agua para satisfacer las necesidades del ritual religioso. El buen musulmán debe pasar por el lavatorio de manos y órganos de los sentidos para estar en condiciones de orar. Con este propósito, junto al oratorio de la gran mezquita mayor se levanta un amplio patio ajardinado con una fuente central, abastecida por las aguas de un gran aljibe subterráneo.

7. Lagunas interiores.

Como vestigio del antiguo cauce del río, dentro de la ciudad se extienden varias lagunas. Las de mayor tamaño se hallan en la actual Alameda de Hércules y hacia la plaza de Molviedro (laguna de la Pajería). Estas aguas estancadas y la ausencia de medidas higiénicas provocan un ambiente malsano plagado de insectos y otros patógenos que contribuyen a que las epidemias, el paludismo y diversos procesos infecciosos sean una amenaza constante que causa una elevada mortalidad.



8. Paseos por el río.

Los sevillanos encuentran en el río un espacio abierto donde se respira una brisa limpia, lejos del aire espeso y pestilente que tantas veces impregna las calles y casas de la ciudad. Gustan de pasear en barcas con un entramado que les da una agradable sombra y de organizar en las orillas reuniones con amigos en las que corre el vino, la poesía y la música.

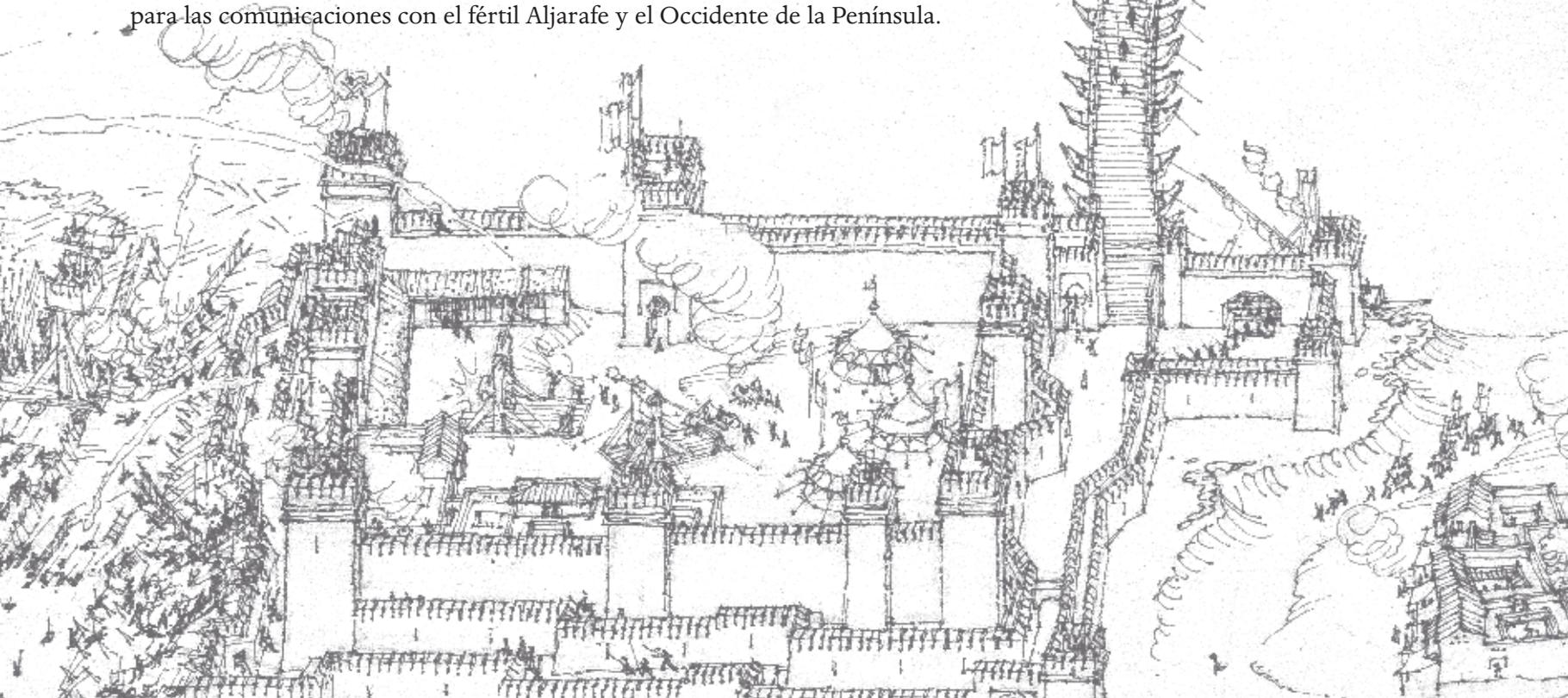


9. Una costumbre generalizada: el baño.

La costumbre del baño, proveniente del mundo romano, alcanzó entre los musulmanes un gran desarrollo por su especial significado e importancia en la vida social y religiosa. Con horarios separados para hombres y mujeres, el baño *–hammam–* atiende el cuidado corporal, purifica antes de la oración, por lo que suelen situarse cerca de las mezquitas, y es lugar de encuentro para las relaciones sociales. Utilizan agua de pozo o traída por acequias y conducciones que se almacena en pilas o depósitos y se calienta con fuego de leña.

10. Triana, el castillo y el puente.

En la margen derecha del río, enfrente de *Ixbilia*, se asienta el arrabal de Triana, ceñido por un muro y un foso hacia la campiña y abierto al Guadalquivir. Este núcleo ribereño especialmente ligado a la vida y actividades del río está amparado por un poderoso castillo. A su sombra se tiende bajo el gobierno almohade un puente sobre barcazas que es la primera vía de paso estable entre las dos orillas del río de Sevilla, una pieza clave para las comunicaciones con el fértil Aljarafe y el Occidente de la Península.



11. El Tagarete.

Este pequeño arroyo que nace en los Alcores contornea la ciudad por el este. Aunque vadeable en verano, en invierno hacen falta pequeños puentes o alcantarillas para cruzarlo. Su presencia no sólo supone una defensa añadida para la ciudad (su curso se desvía para que haga las veces de foso), sino que en su amplio valle prosperan además viñedos y huertas de frutales.



El jardín de al-Andalus

*Nada más bello, andaluces,
que vuestras huertas frondosas,
jardines, bosques y ríos,
y claras fuentes sonoras.*

*Edén de los elegidos
es vuestra tierra dichosa:
si a mi arbitrio lo dejasen,
no viviría yo en otra.*

*El infierno no temáis,
ni sus penas espantosas;
que no es posible el infierno
cuando se vive en la gloria.*

Ibn Jafacha, "El Jardinero" (m 1139)

La construcción de Sevilla

La *forma urbis* de la Sevilla anterior al siglo XII es un yermo de contornos imprecisos en el que sólo destacan con nitidez la primera mezquita aljama, el más antiguo de los recintos alcazareños y un cementerio situado en el extremo meridional de la Alameda; el resto de la información disponible lo constituyen fragmentos de crónicas y poemas, cuyas referencias topográficas no sabemos dónde ubicar, excavaciones poco extensas, incapaces de proporcionar imágenes fiables, y mucha extrapolación. Cuando se inició el siglo XIII, a los tres años de la inauguración de la torre que con el tiempo sería la Giralda, lo que conocemos y podemos dibujar de la ciudad, en sitio y forma precisos, conforman un panorama radicalmente distinto, pues muchos elementos urbanos, desde la nueva aljama a la alcaicería, pasando por el puente y el acueducto, no sólo estaban ya en uso, sino que han pervivido en lo esencial hasta época muy reciente. Incluso tenemos datos, cada vez más nítidos, del trazado de un nuevo barrio, tan extenso como regular.

El urbanismo de la ciudad pasó, por lo tanto, de un periodo “prehistórico”, cuyo estudio está dominado por filólogos y arqueólogos, a otro, plenamente histórico, que analistas diferentes, historiadores y arquitectos, podemos investigar sobre bases materiales ciertas, pues los edificios romanos que sirvieron a *Hispalis*, incluidas las murallas y los templos, las iglesias que contemplaron la llegada y romanización de los pueblos germánicos y sus luchas dinásticas, las ca-

Torre y Puerta del Agua, en las murallas del Alcázar de Sevilla.



sas que habitaron los primeros musulmanes, incluso el lugar que usaron como mezquita durante ciento veinte años, han quedado reducidos, en el mejor de los casos, a inexpresivos fragmentos, soterrados bajo varios metros de escombros. En los últimos años el profesor Borja Barrera ha certificado el mecanismo de tanta destrucción y que no es otro que el secular movimiento del río que, como un látigo imparable, como una tuneladora al aire libre, ha triturado cuanto se ha opuesto a su paso; consta que a comienzos del siglo XI ya estaba encajado en el lugar actual, por lo que la ciudad consolidó su expansión hacia poniente en terrenos que, como certifican las crónicas, aún planteaban problemas en época almohade y que, en realidad, siempre estuvieron a merced de la riadas, como acredita la de 1961, que atacó la ciudad por la espalda. El río ha sido, por lo tanto, el vehículo de una continua e insólita reencarnación urbana.

Este proceso, que es la prolongación de los tiempos geológicos hasta la época de San Fernando, tiene su correlato en el plano de la ciudad actual, cuyo casco histórico no sólo refleja bien el trazado de su único circuito de murallas conocido, sino que, por la formalización de su viario y parcelario, sugiere varias etapas en su constitución. Hasta hace bien poco, y salvo excepciones dispersas, los analistas sólo disponían de la lectura formal de la *forma urbis* presente en

la que, mediante meritorios ejercicios de voluntarismo metodológico, se identificaban procesos históricos concretos, alcanzado a veces patinazos monumentales, como cuando se identificó el trazado del cuadrante noroeste de la ciudad, con el reflujo, ya en el siglo XVII, del urbanismo americano.

El elemento que mayores dudas ha suscitado es el que se refiere al momento en que se construyó la muralla, la etapa en que su contorno quedó fijado, pues de una hipótesis romana se pasó a otra almohade, se retrocedió luego al momento almoravid y, en un cierre tan dogmático como infundado, se ha pretendido volver a la almohade por los siglos de los siglos, incluido el amén. Los textos ofrecen un panorama muy explícito sobre cómo era la ciudad en el tránsito del siglo XI al XII, mostrando una “medina saturada” y desbordada, que argumenta contra una ampliación reciente del recinto amurallado. Poco después los datos literarios de época almoravid acreditan la construcción de la nueva muralla entre 1118 y 1125. En la segunda mitad del siglo XII y en la primera del XIII los muy abundantes y detallados textos almohades permiten fechar diversas obras de ampliación, reforma, refuerzo y recrecido del recinto anterior. La arqueología ha añadido un nuevo dato, pues una reciente excavación del profesor Tabales Rodríguez en la Puerta del Agua, justo bajo el trazado del recinto que aún podemos contemplar en toda su altura, ha detectado un muro que ha fechado en la etapa almoravid, demostrando que, al menos en un sector clave de la ciudad, la ampliación se había producido cuando las crónicas atestiguan. En ninguna otra zona se ha excavado la cimentación del muro histórico, y en ningún otro lugar éste puede mostrar los estratos, bien datados e indudables, que garantizan la cronología de los tramos emergentes, ya que en ninguno de ellos los atadores del acueducto inaugurado el 13 de febrero de 1172 proporcionan un *terminus post quem* cierto.

La abundancia de datos explícitos y detallados demuestra que en un momento muy concreto la ciudad culminó por entonces la más espectacular de sus fases constituyentes, pues además de inaugurar la traída de agua aquel invierno de 1172, se recreció el muro sobre su conducción y se tendió el puente, cosa que había sucedido el 9 de octubre del año precedente. Estas inauguraciones de infraestructuras básicas, cuyos detalles son dignos de un periódico actual, dieron paso a la creación de un segundo, o tercero, centro urbano, religioso y comercial, velando entre todas ellas otros procesos más difusos, pero no por ello menos interesantes, como fue la consolidación y creación de nuevas extensiones del hábitat vecinal amurallado. En algunas partes, desbordadas de antiguo, la nueva cerca se limitaría a incluir bajo su protección barrios completos, como el que el tiempo constituiría la collación de Santa Lucía, que seguramente empezó como núcleo suburbano diferenciado, convertido en un arrabal sin cerca a causa del desbordamiento citado. En otras convertiría en urbanas zonas poco o nada construidas, entre las que destaca la urbanización del sector noroeste del recinto, que en el futuro se dividiría en las extensas parroquias de San Lorenzo y San Vicente, pues sus 50 ha muestran un trazado regulador de calles rectas y paralelas, con manzanas rectangulares, tan claras, tan poco islámicas, que unos las han tenido por las de la colonia romana y otros las han tomado por renacentistas; pues bien, las excavaciones demuestran que en época almohade muchas de sus alineaciones y manzanas estaban bien definidas, aunque probablemente grandes extensiones aún serían agrícolas.

Como todos estos elementos son visibles, y en gran parte operativos, podemos decir que la historia urbana de Sevilla comienza en el siglo XII. ❖

El Jardín Almohade



Pórticos de yesería y alberca, en el jardín almohade del Patio del Yeso del Alcázar de Sevilla.

El impulso creador en jardinería de la civilización hispano-musulmana se nutre de la sabia conjunción de conocimiento agronómico e ingenio hidráulico, combinados con una tradición arquitectónica antigua que entronca, sobre todo, con la civilización persa. El resultado son jardines de una sencillez sofisticada, cerrados e íntimos, creados para el disfrute de su dueño, que tratan de dar satisfacción a los sentidos: vista, olfato, oído, gusto... y en los que el hombre encuentra refugio frente al mundo exterior primariamente hostil. Esta concepción resulta evidente en la preocupación de algunos autores de tratados agronómicos como Ibn al-Awwam (ciudadano de la Sevilla almohade, siglo XII) o Ibn Luyun (Almería, 1282-1349) por el diseño de las plantaciones, no sólo para facilitar su mejor rendimiento sino también para procurar el mayor bienestar de su dueño. Podemos imaginar la atracción de las creaciones andalusíes sobre la sociedad cristiana, menos refinada, que se vería incrementada por la introducción de nuevas especies (jazmines, limoneros, naranjos amargos, posiblemente rosas de flor amarilla, etc.) o la popularidad de frutales raros en el mundo cristiano.

La pujante *Ixbilia*, capital andalusí del Imperio Almohade, fue fiel a la tradición islámica creando y remodelando interesantes jardines, algunos de los cuales han permanecido hasta nuestros días con transformaciones de diverso calado. Podemos

sistematizar en tres las formas de la jardinería almohade, que son las propias del jardín hispano-musulmán: patios de mezquitas, jardines-patio y fincas periurbanas.

El primer grupo está bien representado por el actual Patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla que se creó como patio de abluciones de la gran mezquita mayor mandada construir por el califa Abu Yáqub Yúsuf e inaugurada en 1198 (594 H.). En gran medida conserva la planta original, de esquema muy simple, pero su fisonomía está modificada por la impresionante mole de la catedral y la eliminación de la nave de poniente, ocupada por la Parroquia del Sagrario. Sabemos que la vegetación original debió ser más variada que la actual; al menos en el siglo XV contaba con naranjos, limoneros, cidros, cipreses y palmeras, posiblemente datileras, de acuerdo con el viajero germano J. Münzer. La actual solería, en estilo neo-mudéjar, es obra de mediados del siglo XX.

La existencia de patios ajardinados era habitual en las casas de al-Andalus y, por supuesto, en las almohades. Estos jardines-patio constituían

elementos principales en la articulación de la residencia al organizarse las estancias alrededor. Al menos en los palacios y casas principales se pueden señalar dos formas básicas: el patio de crucero y el patio con estanque. El primero es un espacio rectangular con andenes perimetrales más otros dos que se cruzaban en el centro, delimitándose cuatro cuarteles o parterres. Su originalidad reside en la posición rehundida de los parterres, cuya profundidad dependería de la vegetación: algunos metros en el caso de frutales u otras leñosas y una profundidad menor para herbáceas, aromáticas, etc. Podemos imaginar el efecto de cosechar frutos al alcance de la mano, o de una alfombra de plantas a nuestros pies. Dos ejemplos han perdurado del Alcázar almohade, siendo el Patio de la Casa de Contratación el que mejor conserva su fisonomía original, aunque investigaciones recientes indican intervenciones cristianas importantes. Otro patio de crucero es el de Doña María de Padilla, el más complejo de los patios almohades, que contaba con parterres de más de 4 m de profundidad y andenes a dos niveles. Los daños sufridos por el terremoto de Lisboa en 1755 determinaron su macizado, perdiendo la disposición en niveles. Probablemente la vegetación original de estos dos patios consistía básicamente en frutales.

Los patios con estanque están representados por el Patio del Yeso, precursor del de los Arrayanes en la Alhambra. Aquí se concede protagonismo fundamental al agua, como elemento que domina el espacio y cuyo rumor acaricia los oídos gracias a la factura de los canalillos por donde fluye hasta la alberca central desde la sala contigua. La importancia de la vegetación es reducida pero, al menos en la Alhambra, contaba con alineaciones de mirto o arrayán que acentuaban la estructura del jardín.

Es en las fincas periurbanas donde la habilidad agronómica y de uso del agua se hace más evidente. Solían rodearse de muros en cuyo interior se cultivaban plantas hortícolas, frutales, emparrados, árboles de sombra, rosales trepadores y otras especies puramente ornamentales, y eran regadas gracias a una alberca localizada en la zona más elevada. El tratado de Ibn Luyun nos permite hacernos idea de la feliz conjunción entre espacio productivo y jardín de placer, donde “no habrá más que pedir”, que podían llegar a constituir estas propiedades. En la Sevilla almohade estaban bien representadas por las huertas que rodeaban el Alcázar y los palacios de la Buhaira, ambas alimentadas por la antigua traída romana de los Caños de Carmona que mandó reconstruir el califa. Las del Alcázar se fueron transformando en jardines a partir del siglo XVI, con la conversión de la alberca en el Estanque de Mercurio. De las huertas de la Buhaira poco más que la alberca queda, pero la pormenorizada crónica de su construcción por Ibn Sahib al-Sala nos relata cómo se llenó de perales, ciruelos, manzanos y decenas de millares de pies de olivos transplantados desde el Aljarafe, dejando muestra patente de las habilidades agronómicas de los almohades sevillanos. ❖



Estanque y galerías de los Baños de Doña María de Padilla, antiguo jardín de crucero del Alcázar.



Agua & Economía

4

Es lógico que un bien tan primordial como el agua no haya quedado al margen de la actividad económica y que, más bien, le sea fundamental. Aunque tradicionalmente las aguas superficiales corrientes se han considerado como un bien básico de libre disposición –no así las subterráneas–, su aprovechamiento, distribución y manejo sí han sido materia de transacciones económicas, dando lugar a una variada y compleja malla de relaciones sociales ligadas a su amplia variedad de usos.



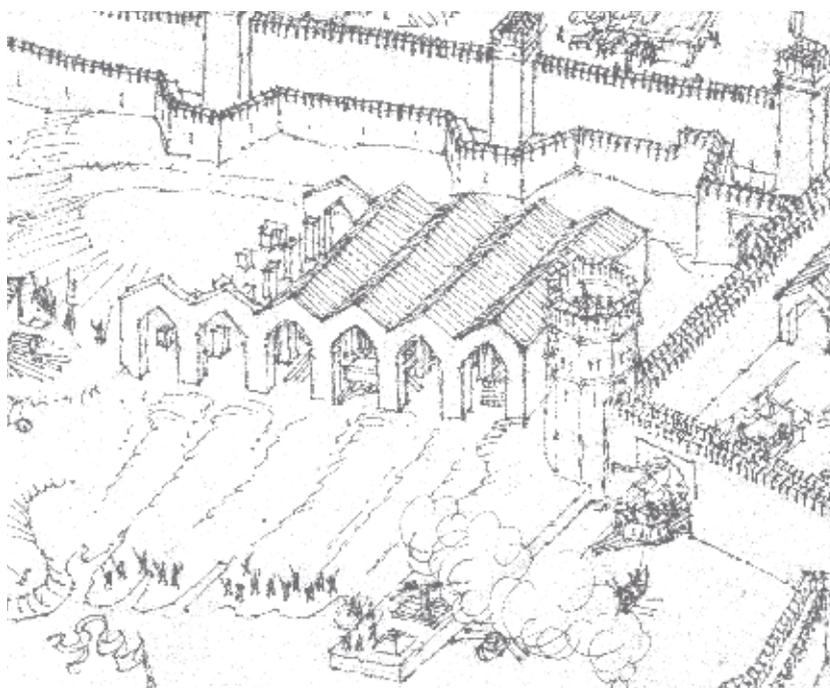
1. El puerto, fuente de riqueza.

La existencia de un río navegable es la principal razón de ser de la ciudad. Desde Sevilla se desarrolla un tráfico fluvial que se remonta hasta la ciudad de Córdoba, proporcionando una vía de salida a la producción agrícola del fértil valle del Guadalquivir. Pero es a partir de la propia *Ixbilia* donde la comunicación con la mar se abre franca y sin limitaciones, circunstancia que la convierte en lugar de paso obligado de personas y bienes de gran parte del sur peninsular. La actividad portuaria se concentra en el playazo de arenas –*ramla*, la zona conocida luego como Arenal– formado por los depósitos del río entre la Torre del Oro y el puente de barcas.

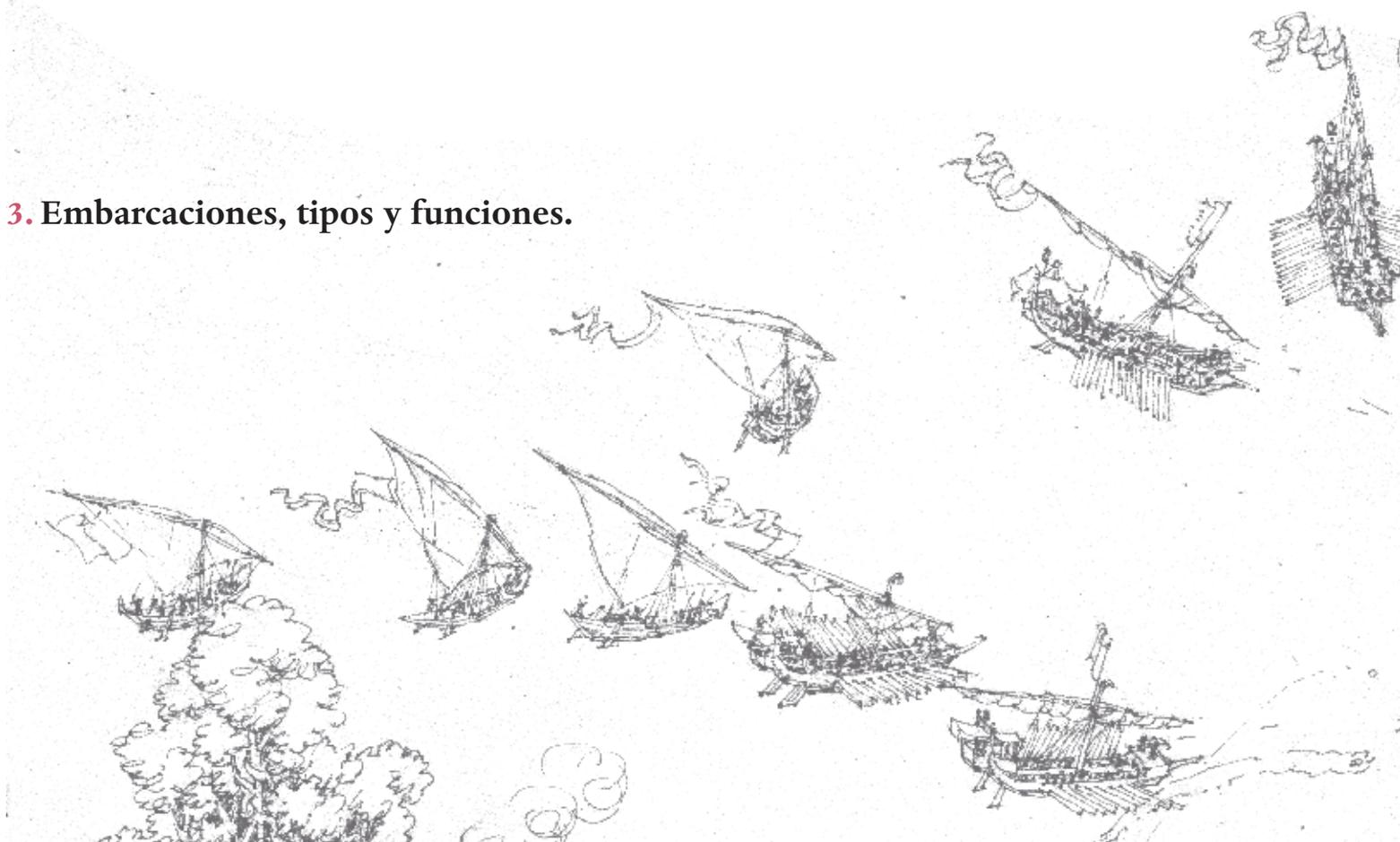
Agua & Economía

2. Las atarazanas.

La presencia del río fomentó desde antiguo la construcción de embarcaciones. En la Sevilla almohade, el poder instituido racionalizó esta necesidad localizándola en una serie de espacios y edificaciones (dársena o atarazanas) junto al río, al exterior de la muralla. Dada la escasez de madera apropiada en las cercanías de la ciudad para el desarrollo de la construcción naval a gran escala, por el Guadalquivir se bajan almadías de troncos desde las zonas boscosas de la cabecera del río.



3. Embarcaciones, tipos y funciones.



La navegación musulmana conjuga la tradición romana y bizantina con otras aportaciones de Oriente. Se usan remos, aparejos de velas cuadradas, para navegar con vientos de popa, y la vela latina o triangular, que permite aprovechar vientos de dirección variable. En el río concurren panzudas naves mercantes de vela cuadrada, galeras de carga y de guerra de velamen triangular y remos, así como falúas, barcas y multitud de embarcaciones menores a remo y vela para el transporte y la pesca. El tráfico estrictamente fluvial es privativo de los barcos más pequeños y de almadías o balsas.



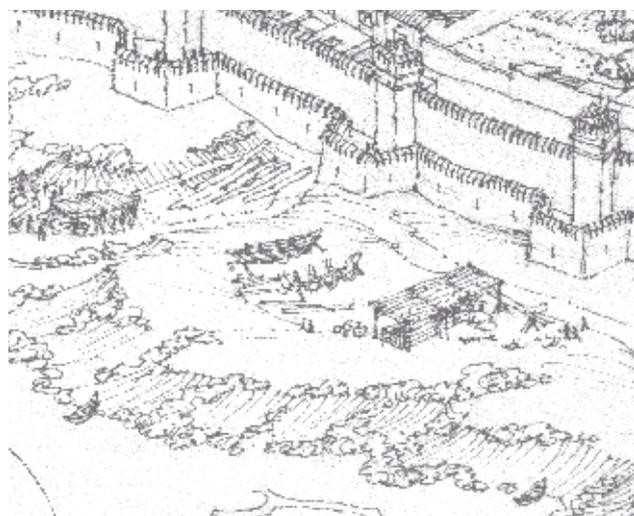
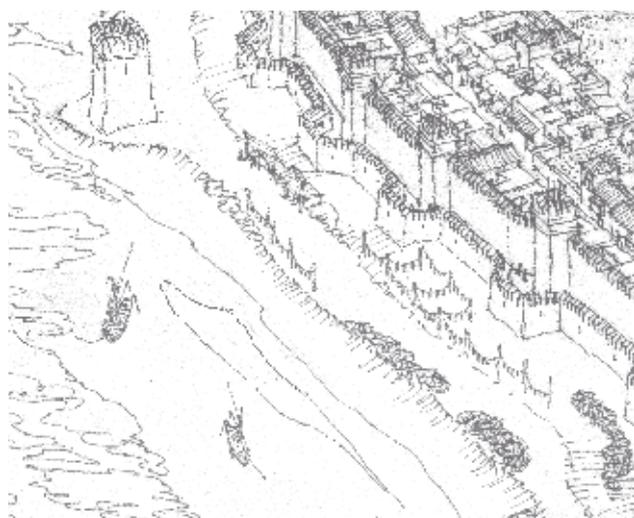
4. Molinos hidráulicos.

Por su caudal y dimensiones cerca de Sevilla, el Guadalquivir se resiste a la construcción de molinos y otros ingenios en sus márgenes. No ocurre lo mismo con sus afluentes, como el Tagarete o el Guadaíra, más manejables. En sus cauces, pequeñas azudas o presas retienen y canalizan las aguas hacia las ruedas hidráulicas que mueven las piedras de los molinos para producir harina o aceite.



5. El río y el comercio.

El río es la arteria que comunica Sevilla y las comarcas del valle con las tierras más lejanas. Vía del comercio interior y exterior, canaliza el transporte a granel de aceite, cereales, lana, pieles, minerales y manufacturas, y de valiosas mercancías como especias y metales preciosos, conectando la Península con los mercados del norte de África, el Mediterráneo y el Oriente islámico. Es también la ruta de entrada y salida de ejércitos, personas e ideas.



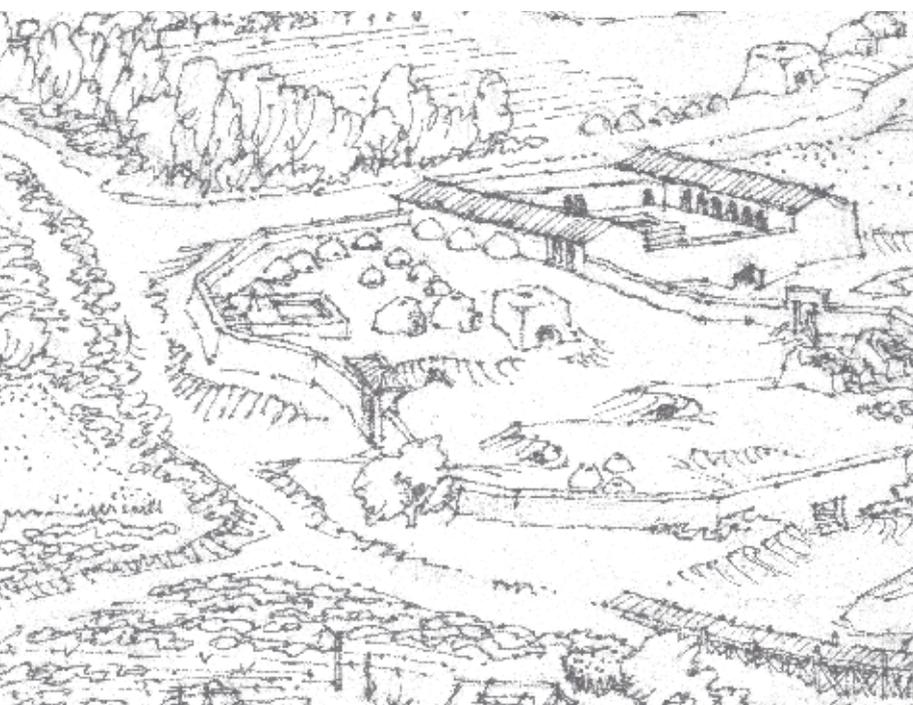
6. Pesca y carpintería de ribera.

Arriba del puente de barcas se disponen los palenques y secaderos donde se descarga y se prepara el pescado para su conservación. A su lado se hallan los tinglados donde los carpinteros de ribera construyen embarcaciones menores para la pesca y la navegación fluvial. La importante actividad pesquera se nutre de las numerosas especies que frecuentan el río, desde los grandes esturiones a bogas, sabogas, albures, barbos o anguilas, pescado que se consume fresco o seco y que constituye un sustancioso capítulo de la alimentación de los sevillanos.



7. Prados siempre verdes, sustento del ganado.

El ganado de carga y labor (caballar, mular y asnal) así como el de carne (ovejas y cabras), además de la volatería, vive en gran proporción dentro de los muros de la ciudad y en sus alrededores. Sus propietarios deben llevarlos a pastar diariamente o proporcionarles el forraje necesario. Algunos parajes intramuros y los pastizales que rodean la ciudad son lugares idóneos para este fin, ya que debido a la fertilidad del suelo y a la abundancia de agua estos pastos se mantienen permanentemente en producción.



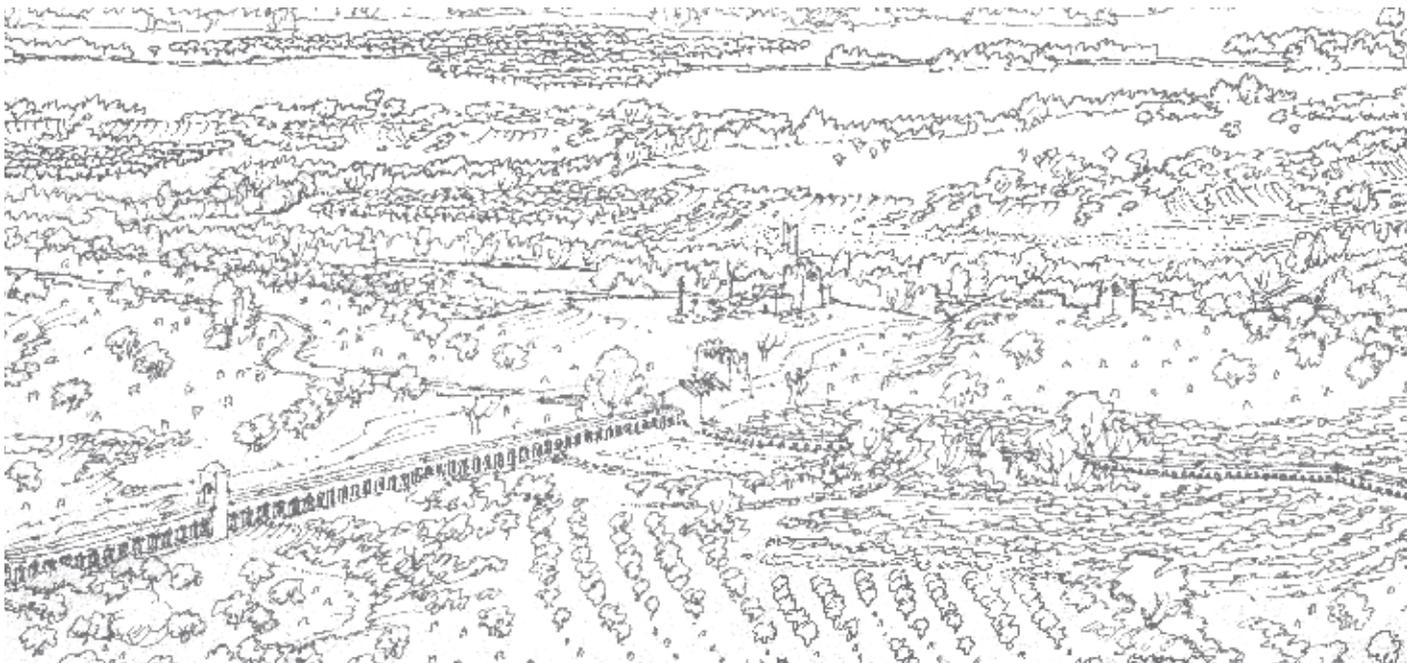
8. Los hornos cerámicos.

La construcción se hace fundamentalmente con tapial (arcilla humedecida y compactada dentro de un encofrado de madera), y en las obras más cuidadas, con teja curva, ladrillo y azulejos. Además, el ajuar de la vida cotidiana utiliza gran número de utensilios de cerámica (tinajas, cántaros, ollas, escudillas...). La abundancia de arcilla en las márgenes del río sustentó una importante producción de cerámica tanto para el consumo local como para la exportación, con numerosos alfares y tejares a lo largo de la margen derecha del río y otras zonas de la periferia de la ciudad.



9. El regadío: la agricultura del agua.

Las parcelas más fértiles y próximas a las murallas, e incluso situadas dentro de las mismas, se destinan a la producción agrícola de primor sostenida por el laboreo intensivo y la abundancia de agua. Las huertas producen todo tipo de hortalizas (coles, alcachofas, cebollas, calabazas, espinacas...), leguminosas (alubias, altramuces, habas, lentejas...) y frutas (naranjas, granadas, ciruelas...). Las huertas se suceden en todo el arco que va desde la Macarena hasta el sur de la ciudad.



10. El secano: cereal, olivo, higuera y vid.

A la clásica trilogía agrícola cereal-olivo-vid del mundo romano, la cultura hispanomusulmana le añade el higo, que contiene grandes cantidades de azúcares, se conserva con facilidad seco y responde bien a la irregular climatología mediterránea con prolongados estíos. Son muy numerosos los datos que se refieren a la abundancia de higuerales en el entorno de Sevilla y en el Aljarafe.

El río azul

*(El río, de murmuradoras riberas, te haría creer,
diáfano, que es una corriente de perlas.)*

Muhammad ben Galib ar-Rusafi (m 1177)



La agricultura en la Sevilla almohade



Hacienda de la Torre de Doña María, heredera de la antigua alquería de los Banu Jaldún o Torre de Benagalbón en los alrededores de Sevilla.

La Sevilla extramuros era la de los huertos, la de los paseos enyerbados y arboladas y la del campo. La de un territorio que tenía como función principal abastecer a los entre 60 y 100.000 habitantes con que contaba la ciudad almohade. El privilegiado emplazamiento de la ciudad le permitía disponer de una amplia variedad de terrenos, lo que junto a la benignidad del clima y las abundantes aguas del Guadalquivir y sus afluentes hizo posible que al-Udri afirmara que todo cuanto en los campos de Sevilla se sembraba o plantaba, crecía y fructificaba. Y no debía andar muy desencaminado en su aserto, habida cuenta de la ingente cantidad de cultivos que el agrónomo sevillano del siglo XIII Ibn al-Awwam citó en su magna enciclopedia de agricultura: en torno a cuatrocientas especies, de las cuales más de cincuenta eran arbóreas.

Campo y ciudad estaban íntimamente relacionados, hasta el punto de que el terreno de labor entraba a formar parte del paisaje urbano en los emparrados y las pequeñas huertas de los patios traseros de las casas, o en los huertos que se disponían junto al Guadalquivir, en la vecina Triana. Tras las puertas de la ciudad, comenzaba el paisaje rural propiamente dicho, aunque con una diversidad de usos que hoy nos sorprendería. En las cercanías, y aprovechando las márgenes del río, se disponían amenas praderas, algunas arboladas con olmedas y otros árboles, que deleitaban los paseos de los sevillanos; los viñedos y las higueras abundarían por doquier, como en las tierras aledañas al arroyo Tagarete, hoy cubierto; los

frutales se cuidarían meticulosamente para obtener granadas, albaricoques, priscos, ciruelas, peras, manzanas y otras deliciosas frutas; los cereales, como el trigo, la cebada y la espelta, se sembraban en la campiña, pero también lentejas, garbanzos, alubias, altramuces, guisantes, sésamo, sorgo, panizo... Río abajo, se criaban desde la Antigüedad reputados caballos en las marismas; también se sembraba arroz, como se sigue haciendo en la actualidad. Cultivos como el algodón y el lino eran objeto de exportación al resto de al-Andalus y al norte de África. En la Sevilla almohade, marinera de vocación, el comercio impulsó éstos y otros cultivos comerciales, de los cuales el olivo era uno de los más destacados: el Aljarafe, el otero rojizo que domina el valle, la diadema de Sevilla, como era calificado, era un auténtico mar de olivos salpicado por centenares de alquerías.

Las estaciones marcaban el calendario agrícola: en marzo se podaban las viñas; en abril y mayo espigaban las mieses; las frutas maduraban entre junio y septiembre; en julio se cosechaba el trigo y la cebada; los higos, las uvas y las nueces, en septiembre; y en octubre, comenzaba de nuevo el año con la siembra de los cereales. Todo ello suponía un constante trasiego en los campos que bullían de vida y presencia humana en una época en la que la siega se realizaba

con hoz y la siembra exigía el concurso de una muchedumbre de yuntas de bueyes, mulas y burros.

Era necesario restituir la fertilidad a la tierra, por lo que se practicaba la rotación de las tierras, el barbecho, el pastoreo de las rastrojeras y el estercolado. Las fincas posiblemente estarían cerradas con bardas o cercas vegetales, árboles y arbustos que delimitaban la propiedad y que suponían una fuente adicional de alimento para el ganado y de combustible para los hogares. El ganado estaría omnipresente: pequeños rebaños de cabras y ovejas, vacas y bueyes para la labor y la alimentación, caballos, asnos...

Campos cultivados, pero también bosques de ribera y montes de encinas y jaras. Así lo delatan topónimos como La Algaba, que significa “el bosque”, en las proximidades de la ciudad; la leña de la sierra, por su parte, alimentaba hornos, chimeneas y braseros.

No se disponía de la tecnología actual, pero no debemos desdeñar la capacidad de crear nuevos paisajes agrícolas y transformar la naturaleza en aquel tiempo: las gentes de Sevilla acarrearón tierra fértil de sus propiedades para construir la huerta de la Buhaira y se arrancaron decenas de miles de pies de olivos en el Ajarafe, seleccionados para satisfacer los gustos del califa.

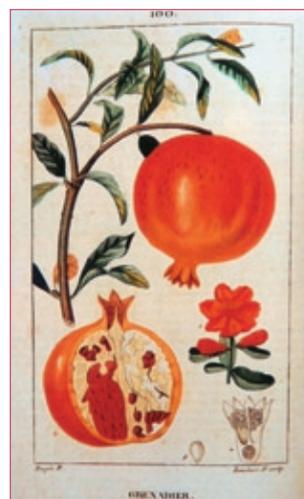
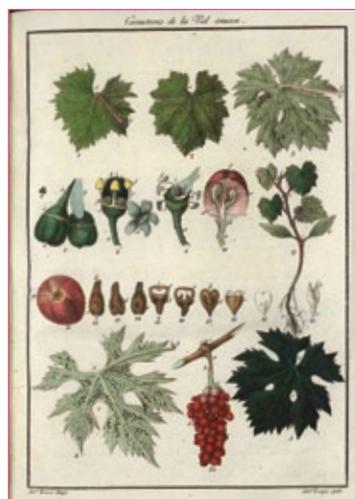
El conocimiento de la agricultura era muy avanzado. Ibn al-Awwam recopiló el saber de multitud de

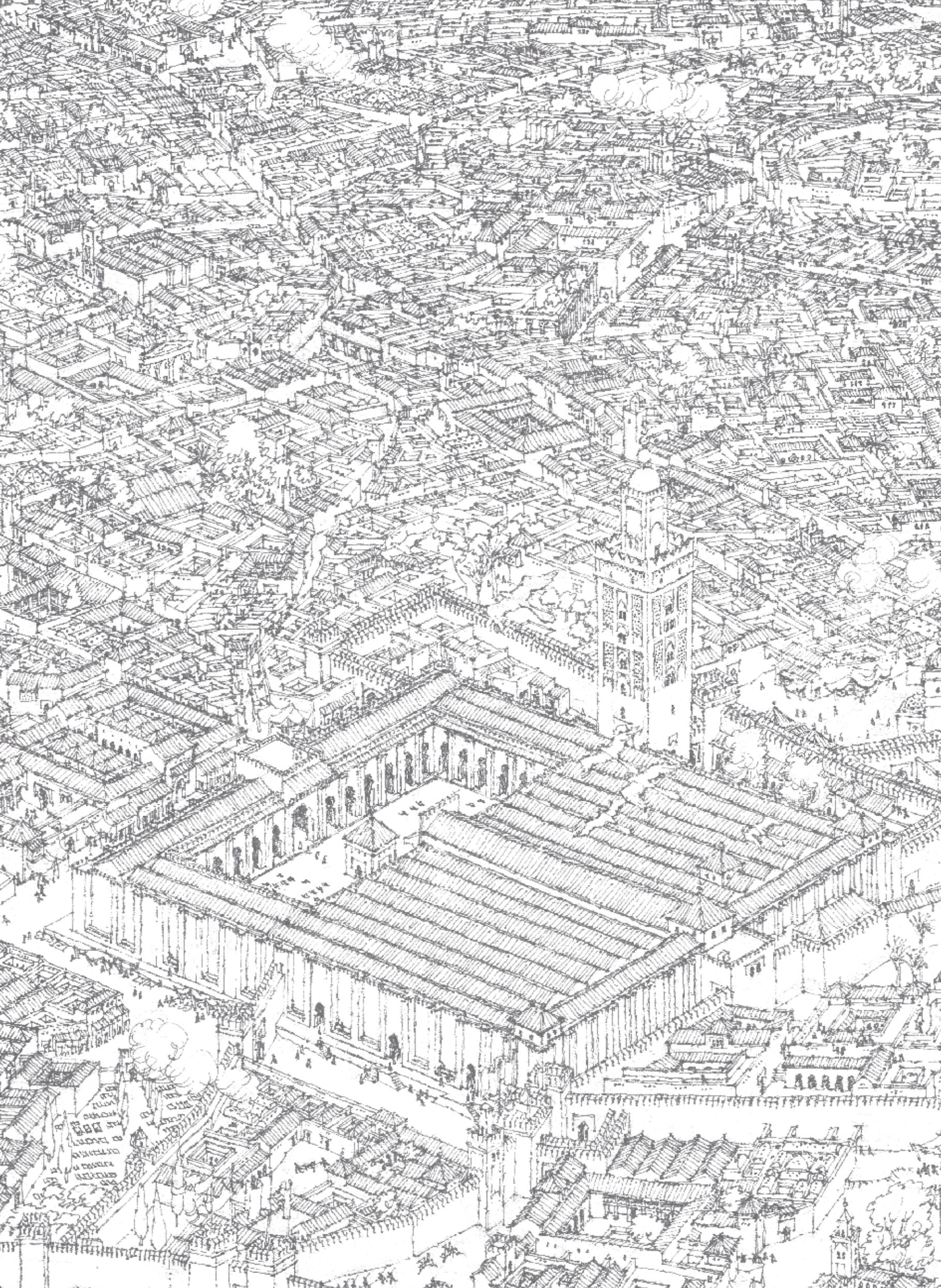
fuentes procedentes de las tradiciones geopónicas orientales, bizantinas, romanas y griegas, de las obras de agrónomos hispanomusulmanes anteriores como los sevillanos Ibn Hayyay y Abu-l-Jayr, el toledano Ibn Bassal o el granadino al-Tignari. Todo ello lo aderezó con una dilatada experiencia propia: para darnos una idea de la agricultura de primor que se llevaba a cabo, relacionemos las plantas hortícolas que sembró directamente en sus propiedades sevillanas: habichuelas de secano, alheña, lechuga, endivia, espinacas, berza, coliflor, acelga, nabos, zanahoria, rábanos, ajos, melones, calabazas, berenjenas, alcaravea, hinojo, cilantro...

El campo era, además, un campo ocupado por infinidad de construcciones: molinos para moler los granos; norias de tracción animal para extraer el agua de los acuíferos y aceñas sobre el río; el acueducto de los Caños de Carmona, que traía agua para abastecer la ciudad y regar la Buhaira; albercas y acequias; cortijos y alquerías; casas para fabricar jabón, palomares, almacenes para la cosecha, hornos para fabricar el pan...

En definitiva, todo lo necesario para asegurar la práctica de una agricultura que Ibn Abdun, un siglo antes, a principios del siglo XII, definió como la base de la civilización: “de ella depende la vida entera y sus principales ventajas. Por los cereales se pierden existencias y riquezas, y por ellos cambian de dueño las ciudades y los hombres”. ❖

Variedades de la vid común en Andalucía, en una lámina de Simón de Rojas Clemente de 1807, y láminas con la hoja, flor y fruto del granado y del naranjo, de F. P. Chaumenton, 1814.



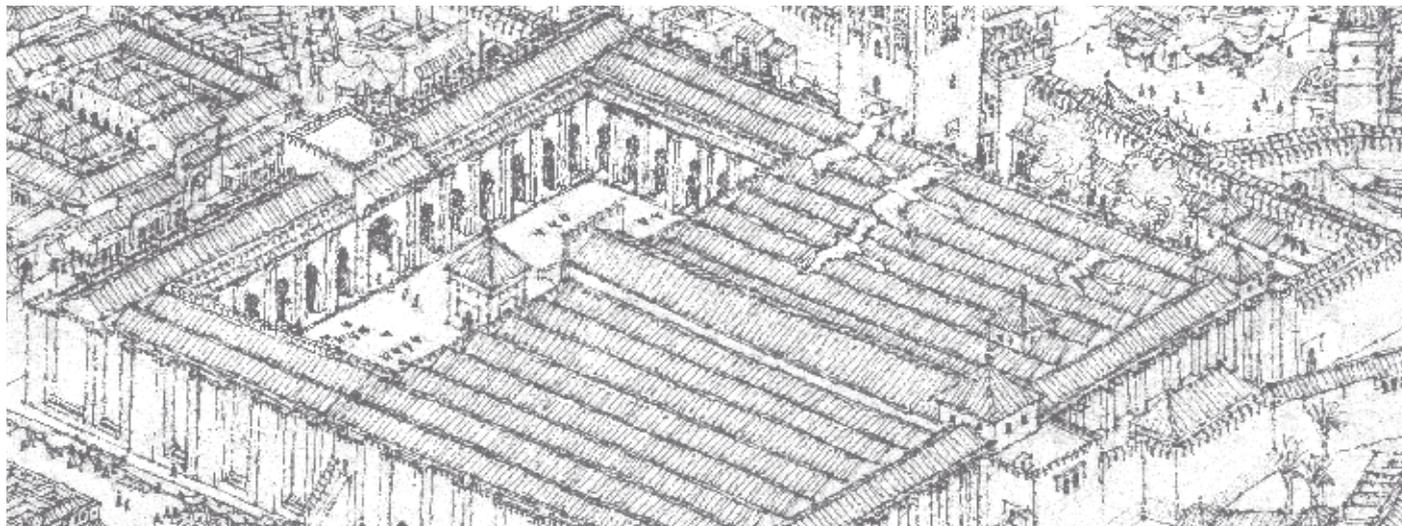


la Ciudad y sus edificios

La ciudad es *urbs* (espacio físico edificado), es *civitas* (espacio de convivencia y socialización) y *polis* (espacio de organización y poder). Estas tres realidades inseparables son producto, y a la vez causa, de la humanidad tal como la conocemos.

La ciudad es, y así la entendemos, como se ve en el caso de Sevilla, un espacio construido por las generaciones que nos han precedido que está en continuo proceso de revisión.

la Ciudad y sus edificios

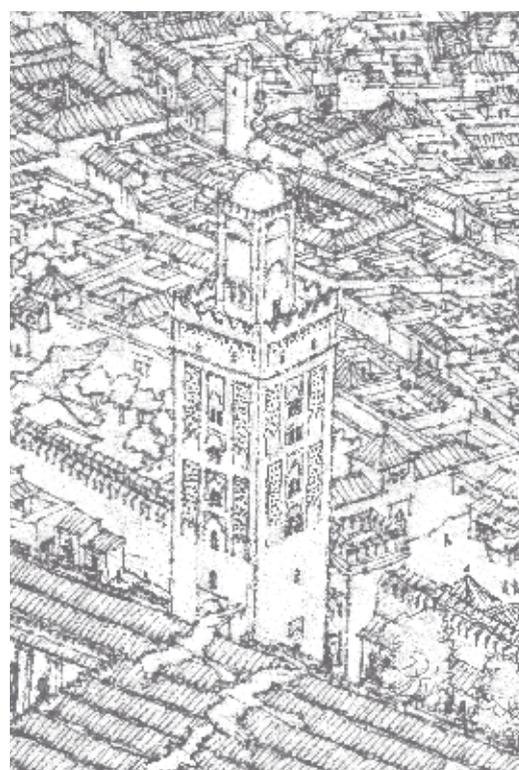


1. La aljama o mezquita mayor.

El cronista Ibn Sahib al-Sala ofrece una detallada información de la gran aljama o mezquita mayor que construyen los almohades al sur de la ciudad. La manda edificar el califa Abu Yáqub Yúsuf en 1172, en la obra trabajan miles de operarios durante cuatro años para levantar hasta 17 naves, y se inaugura oficialmente en 1182. Consta de un amplio patio de abluciones (*sahn*) con galerías y de un grandioso oratorio que termina en el muro (*qibla*) donde se ubica el *mihrab*, el nicho orientado hacia La Meca que marca la dirección de las plegarias. Para el acceso del califa y sus dignatarios se construye un pasaje que comunica la mezquita directamente con los alcázares.

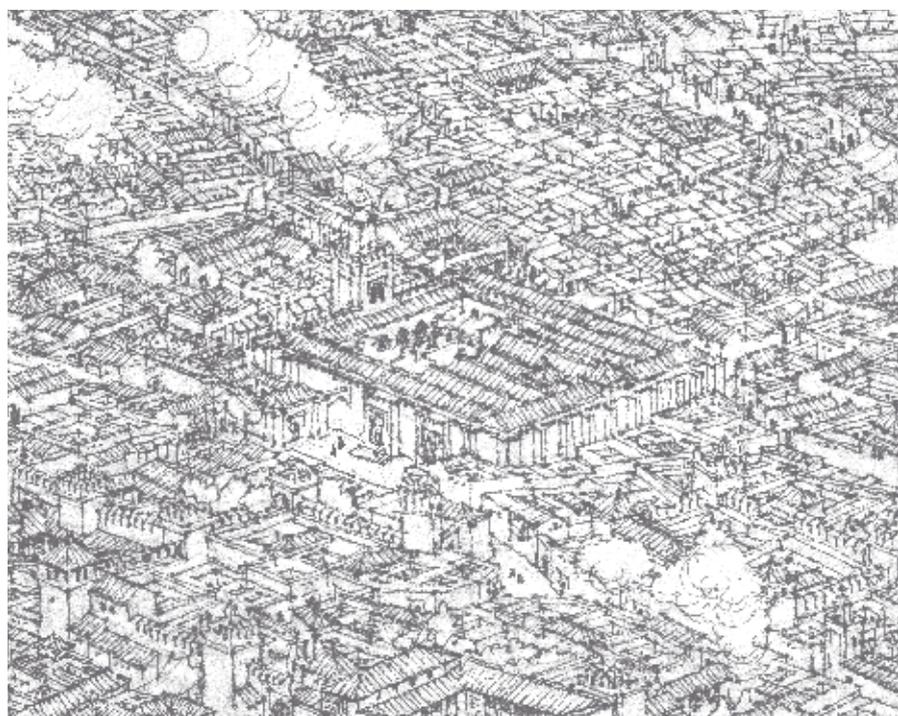
2. El alminar.

Terminada la aljama almohade, el califa ordena erigir un gran alminar. Desde su erección, es el hito y símbolo de Sevilla. Sigue el modelo del alminar de la *Kutubiyya* de Marrakech, al igual que lo hará la torre Hassán en Rabat. Comenzadas las obras y tras varias interrupciones provocadas entre otros motivos por la muerte del califa, en 1198 la torre es terminada e inaugurada con gran pompa por su hijo y sucesor, después de su victoria en Alarcos sobre Alfonso VIII. Se remata con cuatro grandes bolas, o “manzanas”, de tamaño decreciente recubiertas de láminas de oro, insertas en un espigón de hierro.



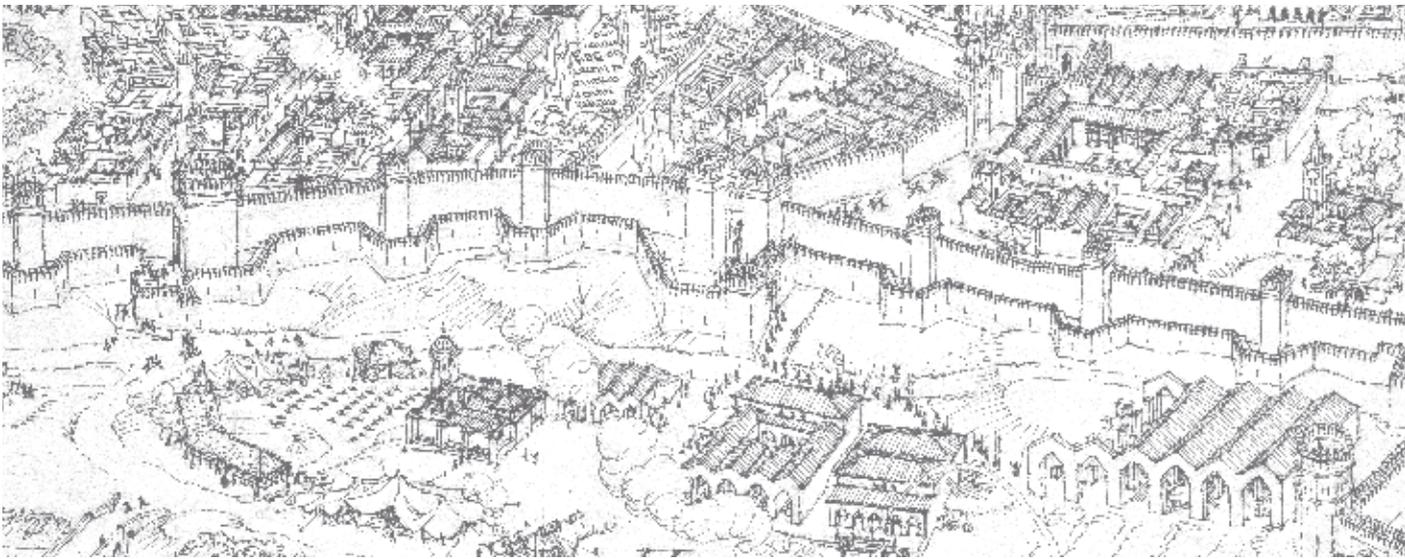
3. Otras mezquitas.

La mezquita es el centro de la vida religiosa e intelectual de la sociedad musulmana. Numerosas mezquitas se reparten por la ciudad y sus arrabales. Se las conoce por el nombre de algún santo varón, el barrio a que pertenecen, u otras designaciones. Hay una mezquita principal o mayor –la aljama– para la oración del viernes, que además marca el foco central de la vida y de la trama urbanas. La primera aljama de Sevilla fue la mezquita de Ibn Adabbás, edificada en el siglo IX, donde posteriormente se levantó la iglesia del Salvador.



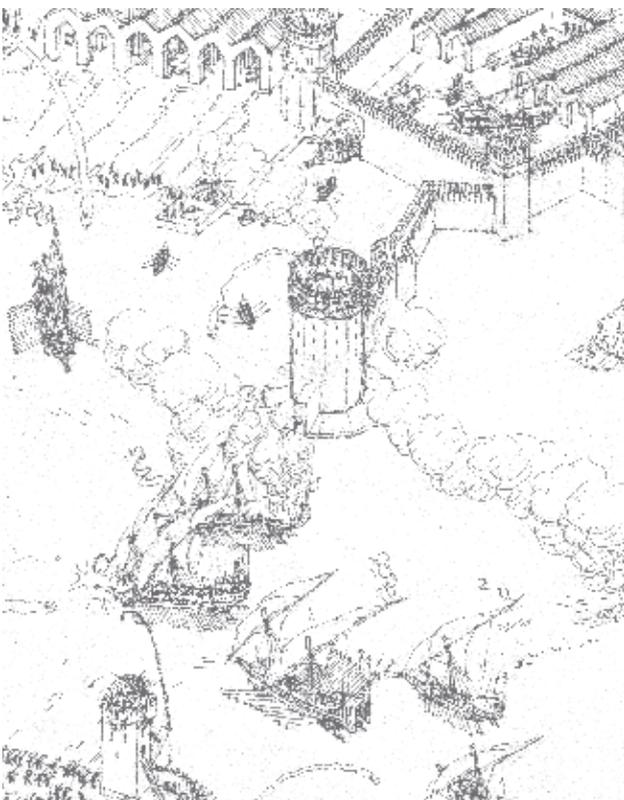
4. Los alcázares.

Al sur de la ciudad y defendido por un sistema de murallas se localiza el conjunto palaciego que fue asiento del poder desde la construcción del alcázar viejo (*Dar al-Imara*) hacia el año 913 y su acrecentamiento por la dinastía taifa Banu Abbad en el siglo XI. Cuando los almohades hacen de Sevilla la capital de sus dominios en la Península, acometen una gran ampliación del recinto para convertirlo en sede del gobierno y la corte califal. Trazan nuevos palacios y extensos jardines y huertas abastecidos por un ramal de los Caños de Carmona que discurre a lo largo de la muralla hasta la Torre del Agua de los alcázares. Dos complejos militares (alcazabas) aseguran su defensa y los conectan con la medina, la mezquita mayor y el área portuaria.



5. La cerca.

En el mundo islámico una ciudad sólo adquiere tal categoría cuando está cercada y protegida del exterior. Las murallas crean y definen un nuevo ámbito –la medina– en contraposición con el espacio no defendido ni delimitado. La historia de las de Sevilla es accidentada: concebidas para defenderse de enemigos y riadas, se levantan y destruyen varias veces, en unas ocasiones por el hombre y en otras por el río, el tiempo y la desidia. Los almorávides las levantan en la primera mitad del siglo XII y después las recrecen los almohades, que le añaden un foso y antemuro. Con un perímetro que supera los 7 km y más de un centenar y medio de torres, encierran una superficie inmensa, de 287 hectáreas.



6. La Torre del Oro.

Como remate y defensa del espacio portuario hacia 1220 se empieza a construir al sur del Arenal el bastión de la Torre del Oro (*Bury al-Dahab*). Su nombre alude quizás a una de las funciones que pudo cumplir, la de atesorar dinero y joyas ligadas al comercio del puerto. Se sitúa exenta conectada con la cerca urbana, y con otras torres, como la de la Plata, y el recinto de los alcázares, a través de un lienzo de muralla (coracha). Es, por tanto, una torre avanzada (albarrana), en este caso de carácter fluvial al estar enclavada en plena orilla del río. Desde esta torre se extiende hasta la margen opuesta una cadena que corta el paso a las embarcaciones.

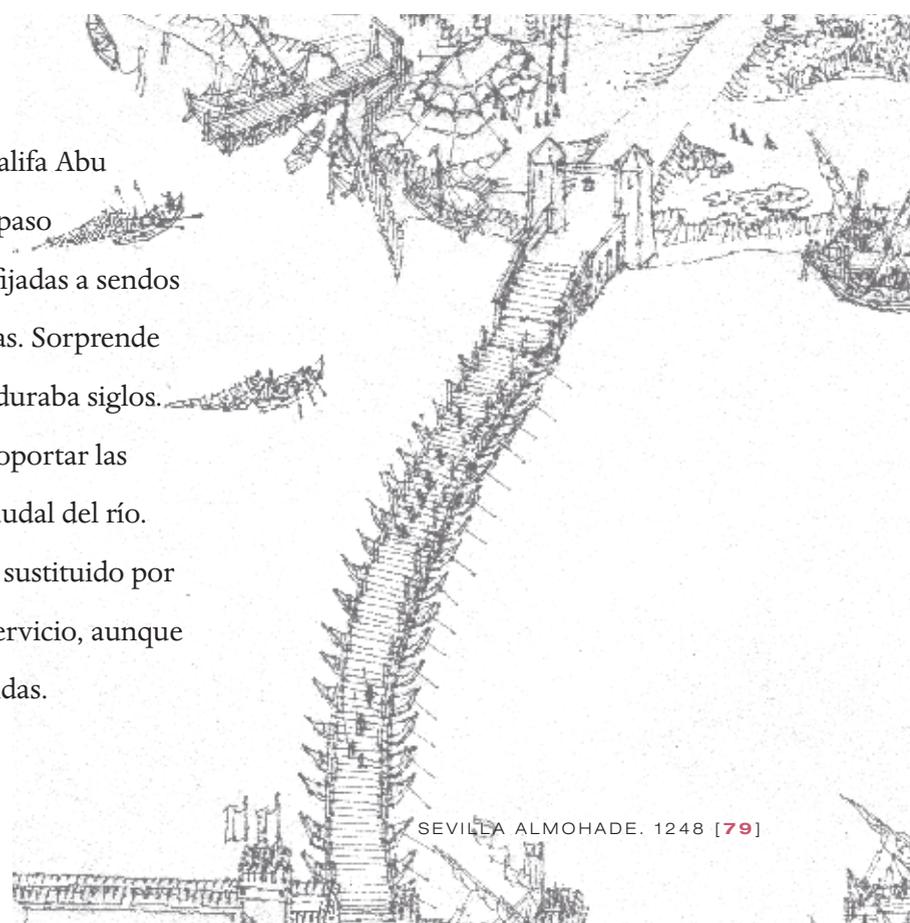


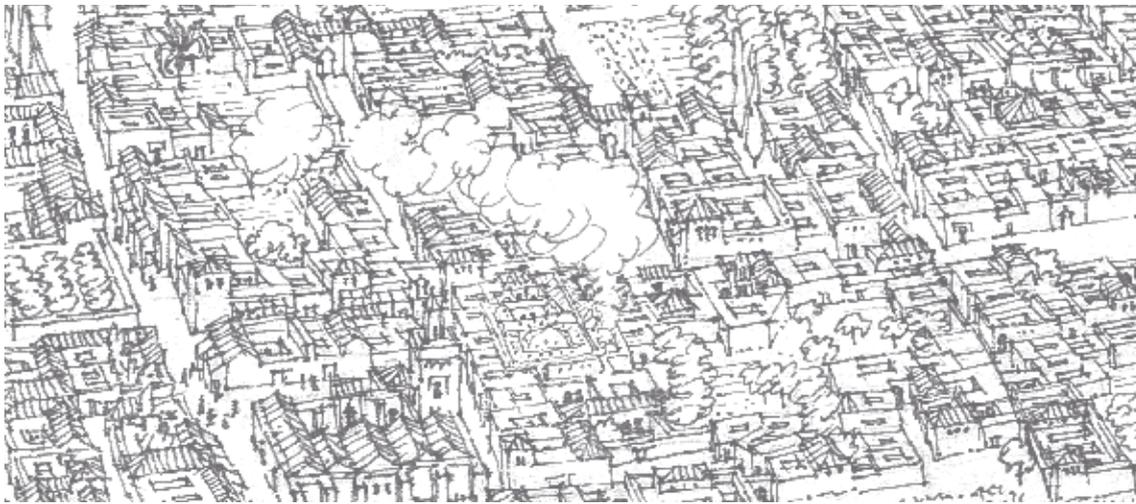
7. Las puertas.

Una ciudad defendida por una muralla es también una ciudad aislada. Las puertas son los lugares obligados por los que se relaciona con el exterior, se cierran de noche y se abren temprano, se recaudan tributos, se impide la entrada o se expulsa al indeseable, y durante las crecidas del Guadalquivir, se ciegan con tabloneros y cascotes para tratar de impedir el paso de la riada... En la Sevilla almohade se cuentan una docena de puertas principales, varios postigos, y otras en el interior de la ciudad. Varias se han localizado e identificado con su nombre árabe, que a veces se ha mantenido: Puerta de la Macarena (*bab Maqarana*), de Córdoba (*bab Qurtuba*), del Sol (*bab al-Sams?*), del Osario (*bab al-Maqbara?*), de Carmona (*bab Qarmuna*), de la Carne (*bab Yahwar*), de Jerez (*bab al-Faray*), del Alcohol o Postigo del Carbón o los Azacanes (*bab al-Kuhl*), Puerta de los Barcos (*bab al-Qatay*) o Postigo del Aceite, del Arenal, de Triana (*bab Taryana*), de Goles o Real (*bab al-Muaddin*), de San Juan y de Bibarragel o Barqueta (*bab al-Ragwal*).

8. El puente de barcas.

En su programa de engrandecimiento de *Ixbilia*, el califa Abu Yacúb Yúsuf decide salvar la frontera del río con un paso permanente construido con barcas atadas entre sí y fijadas a sendos malecones en ambas orillas mediante gruesas cadenas. Sorprende que en un mes se diera solución a un problema que duraba siglos. Este puente debía ser suficientemente flexible para soportar las corrientes de las mareas y los cambios de nivel del caudal del río. Desde entonces hasta mediados del XIX, cuando fue sustituido por el actual Puente de Hierro, el puente de barcas dio servicio, aunque a menudo tuvo que ser reparado después de las crecidas.

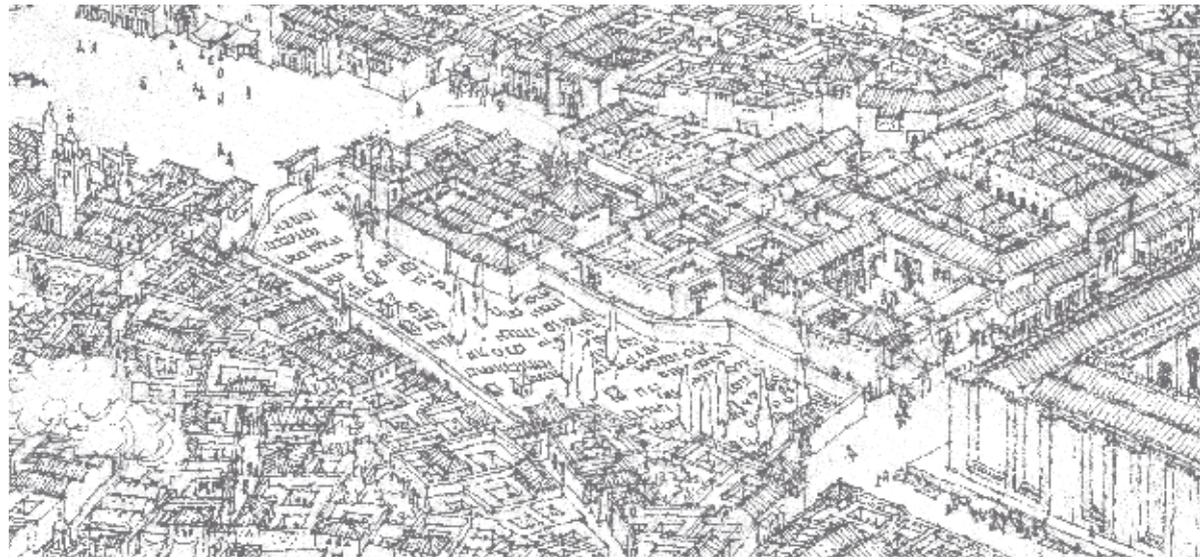




9. Los baños públicos.

Los baños son uno de los tipos de edificios públicos más numerosos en la ciudad musulmana. Su disposición sigue el modelo clásico a base de tres salas con baños a distinta temperatura y una serie de dependencias adyacentes para el descanso y vestuario.

Son características sus cubiertas abovedadas. Aún quedan restos de varios baños de época musulmana, como los de las calles Mateos Gago y Mesón del Moro, y los que dieron nombre a la calle Baños, conocidos como los Baños de la Reina Mora.

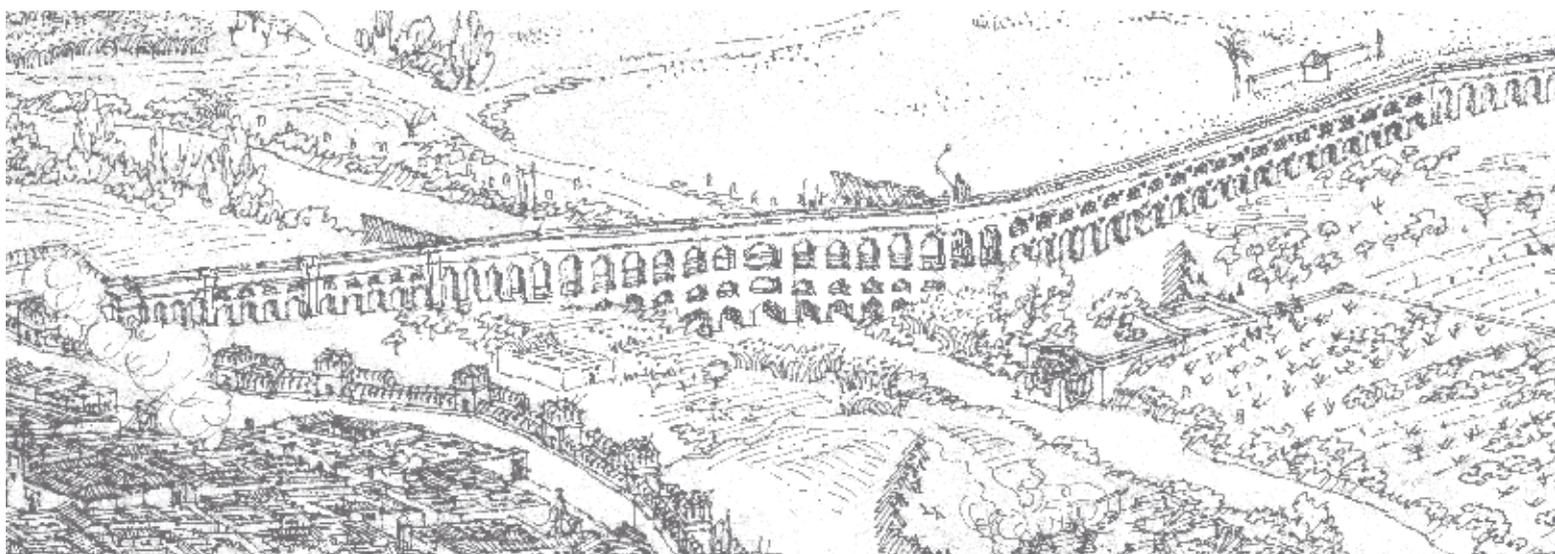
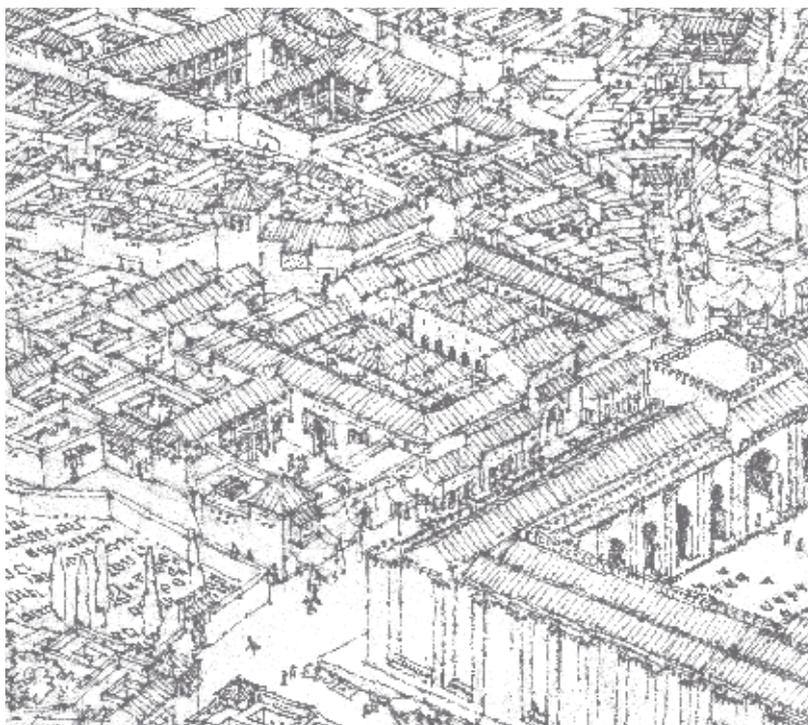


10. Los cementerios.

Los enterramientos no siempre estuvieron resueltos en *Ixbilia*. El rápido aumento de fallecidos en épocas de hambruna o epidemia saturaba los escasos lugares disponibles y a veces obligaba a improvisarlos extramuros, como ocurrió en el barrio de los alfareros o en la zona de puerta Osario, de revelador nombre. El tratadista Ibn Abdún advierte sobre esta cuestión: “Una de las cosas más importantes que incumben al *cadí* (¡Dios le asista!) es velar por los musulmanes, no sólo los vivos sino también los muertos, porque la muerte es una cosa inevitable; y ello es más apremiante en Sevilla que es una ciudad populosa y no tiene cementerio proporcionado a su población”. En ocasiones los cementerios se convierten en parajes inseguros y abandonados, con el consiguiente escándalo de la población. Intramuros se distinguen varias zonas destinadas a este fin.

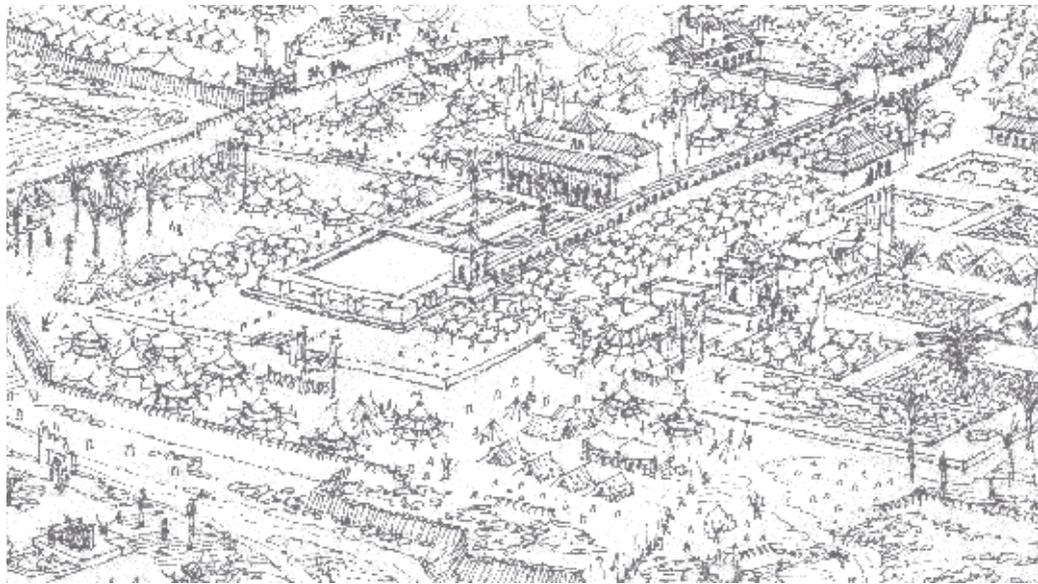
11. Las alcaicerías.

En la ciudad hay unos mercados especialmente delimitados y defendidos donde se comercia con los productos más valiosos, como perfumes, sedas, brocados o especias. En Sevilla se distinguen dos: la llamada Alcaicería Vieja próxima a la antigua aljama de Ibn Adabbás, en el Salvador, que abarca una extensa zona comprendida entre la actual Alfalfa y la Encarnación, y otra, la Nueva, junto a la aljama almohade, con una puerta de entrada enfrente de la Puerta del Perdón del patio de abluciones o de los Naranjos. La actual calle Hernando Colón es el eje central de esta Alcaicería Nueva.



12. Los Caños de Carmona.

Una de las grandes obras públicas que promueve el califa almohade en Sevilla es la reconstrucción del sistema de canales subterráneos y acueductos de origen romano que conducían el agua de los manantiales de Alcalá de Guadaíra hasta Sevilla. Terminado en 1172 y ejecutado en cuidadosa fábrica de ladrillo, su tramo más complejo corresponde al paso del Tagarete enfrente de la Puerta de Carmona, luego denominado la Alcantarilla de las Madejas, donde se superponen hasta tres tandas de arcos.



13. La Buhaira

A las afueras de la ciudad, frente a la puerta de la Carne y pasado el arroyo Tagarete, el califa manda levantar en 1171 un palacio de recreo con una gigantesca alberca en la que reflejarse, elemento que le da el nombre: la Buhaira o Laguna Grande. Para esta obra no se escatiman recursos: se traen árboles de todas clases, grandes plantones de olivos del Aljarafe y de otras especies que se trasladan incluso desde Guadix y otros lugares del reino de Granada. El aporte de agua estaba asegurado por una conducción derivada de los Caños de Carmona antes de entrar en la ciudad.



14. Cerco y conquista de Sevilla

En 1247 el ejército cristiano pone cerco a Sevilla y rodea la ciudad con un rosario de campamentos. La población quedó aislada, salvo en sus comunicaciones por el río y con Triana, lo que le permitió resistir. Sin embargo, en mayo de 1248, las galeras del almirante Bonifaz rompen la cadena que, anclada en la Torre de Oro, protegía el puerto: la ciudad queda por completo aislada, y acaba por rendirse el 23 de noviembre, festividad de San Clemente. Un suceso en el que el agua se convierte otra vez en protagonista de la historia.

Lamento por la caída de Sevilla

(Todo declina después de alcanzar la perfección...

¿Qué fue de Córdoba...?

Y ¿dónde está Sevilla con los placeres que alberga, y con su delicioso río pletórico y rebosante?

Esas capitales eran los pilares de una tierra que, al haberlos perdido, ya no puede sostenerse.

El caño de la fuente de abluciones llora de aflicción, como llora el amante apasionado la partida de la amada...

¿Y quién puede caminar con alegría mientras su patria le priva de su cuidados, cómo puede un país seducir a un hombre después de la pérdida de Sevilla?)

Abu-l-Baqa ar-Rundi, 1267

La arquitectura sevillana bajo el Imperio Almohade

La nueva Sevilla, tan bellamente ampliada y convertida de ciudad segundona de al-Andalus en capital andaluza del imperio almohade, tan puntualmente descrita por Alfonso Jiménez, iba a adquirir de inmediato un alzado coherente con la nueva planta urbana.

Es cierto que Sevilla había sido ya modesta capital del lírico reino de los Abbadíes, pero construida con una escala menor, como correspondía a aquella etapa de atomización y desintegración del mundo Omeya.

El naciente Califato Almohade tenía que dotarla de mayores espacios públicos y de edificios simbólicos del nuevo poder establecido. En primer lugar, de obras públicas de infraestructura, que hoy diríamos: la traída de agua, la reconstrucción del acueducto romano desde las tomas Alcalá de Guadaíra hasta la ciudad. Si algo caracteriza a los nuevos módulos de su arquería es su noble sentido clásico, su neorromanismo, expresado en su tanda de arcos a montacaballo sobre sus arcuaciones de medio punto inferiores, similares a los de la estructura interna del Panteón. El resultado es novedosísimo, pero al mismo tiempo cargado de sentido clásico.

Ya se ha hablado de la cerca urbana y de sus sucesivas reconstrucciones desde la etapa almorávide hasta la que nos ocupa. Pero la verdadera remodelación almohade, aparte de una pequeña serie de espléndidas torres singulares, es la de todo el reborde meridional de la ciudad que engarza entre sí los diversos recintos militares palatinos, huertas reales, y sus conexiones con la Puerta de Jerez; y con el recinto de la ceca, que se prolongaría protegiendo el Arenal sobre el foso natural del Tagarete en larga coracha que culminaría sobre el río en la famosísima Torre del Oro, reina de las torres albaranas españolas, obra ya tardía, de los días en que la ciudad se aprestaba ante una posible invasión cristiana.

Torre de la Giralda, antiguo alminar de la mezquita almohade.



Todo este conjunto de los Reales Alcázares y de su barrio inmediato, que sería luego judería en época cristiana, aprisionaban unos espacios interiores, que siguen siendo todavía los más bellos y ricos de la ciudad, y que iban a servir de asiento a la nueva mezquita mayor almohade.

Las obras de infraestructura se iban a completar con la construcción de un puente de barcas uniendo las dos orillas del gran río, así como unas atarazanas y una ceca o casa de moneda.

También es la época en que se lleva a la perfección la otra fortaleza dominante de la orilla derecha del Guadalquivir, ya iniciada en siglos anteriores, *Hisn al-Faray*, “el miradero”, seguramente construida en los días de al-Mutadid.

Nos quedan restos significativos de aquellos alcázares y palacios urbanos y de otros exteriores, como los llamados de la Buhaira, que fueron ocasión para la reconstrucción del ya citado acueducto, y que se elevaban sobre una colosal alberca o reservorio, que les daba nombre, e irrigaba escogidas plantaciones de la todavía hoy denominada Huerta del Rey.

Pero la obra más significativa de los almohades en Sevilla iba a ser la construcción de la nueva mezquita mayor, y de su famosísimo alminar. Tanto la arquitectura palatina, como la religiosa de los primeros califas de la dinastía, estuvo marcada por el más riguroso ascetismo y severidad decorativa. El espíritu de la predicación del *Mahdi* a sus discípulos, los almohades –los unitarios–, se iba a plasmar en su profunda austeridad en todos los aspectos de la vida, y en la propia arquitectura, como

una lucha contra toda manifestación de lujo, tanto en la decoración como en la utilización de materiales ricos, como el mármol. El pilar de ladrillo sustituiría a la columna, si bien esta fórmula, de origen mesopotámico, ya venía siendo ley en la era de los almorávides. Pero la decoración vegetal iba a sustituir las digitadas palmas del ataurique taifa y almorávide, inspiradas en los marfiles califales de Halaf, por otras palmas de hoja lisa, marcando tan sólo su simple silueta. Todo se va a convertir en silueta en esta arquitectura, desde los arcos de mocárabes a los de palmas, de nueva invención, o a los de herradura que adoptan la forma más elegante de perfil apuntado.

Pero esta dictadura decorativa no sería duradera. Es cierto que en Sevilla la arquitectura oficial del Califato estaría más marcada por la imposición de la secta, frente a regiones como el *Shark al-Andalus*, donde pervivirían los viejos moldes decorativos.

Pero, como siempre sucede en la historia de la arquitectura, la supresión de la decoración siempre acarrea una mayor monumentalidad, una utilización más segura de los puros recursos arquitectónicos, y una mayor calidad en la técnica constructiva.

El gran intérprete de esta teoría es el arquitecto palatino Ahmad ibn-Baso, jefe de los alarifes, y su obra magna es la gran mezquita de Sevilla, que sintetiza la nueva tradición norteafricana, tanto almorávide como almohade, con viejos recuerdos cordobeses. Como novedades, las primeras bóvedas de mocárabe, muy simples, que encontramos tanto en los Alcázares como en la Mezquita, y que, de lejana procedencia irania llegaron a través de Egipto al norte de África almorávide, donde fueron interpretados e hispanizados por yeseros andalusíes.

La otra novedad importante, las cubiertas de las naves de la Mezquita mediante largas armaduras de par y nudillo con pareados tirantes, consecuencia de una trascendental mutación de la armadura clásica producida por carpinteros andalusíes en las mezquitas, también almorávides, de Tlemcen y Qarawiyyin de Fez, y que iban a tener largos siglos de éxito en la España mudéjar.

En los palacios, triunfa la tradición, también irania, pero heredada a través de la Córdoba Omeya del patio con jardín de crucero, que pronto se iba a convertir en una cons-

tante de la arquitectura sevillana hasta época mudéjar.

Pero este largo periodo de sobriedad, como hemos dicho, iba a quebrar pronto hacia un periodo de barroquización de las formas que, en breve tiempo iban a evolucionar por nuevos derroteros, los del mudejarismo y los del arte nazarí. Todo ello sucedía en el cambio de reinado de Abu-Yáqub Yúsuf a Abu-Yúsuf Yáqub al-Mansur, el vencedor de Alarcos, y en coincidencia con un cambio de maestro mayor. El nuevo jeque de los alarifes sería un africano, Ali al-Gumarí. La relajación lógica de la disciplina almohade iba a cuajar tras un viaje a Córdoba del joven califa con su nuevo arquitecto. Allí entre las ruinas de la gran ciudad palatina de Medina Azahara meditarían sobre la grandeza y diversidad arquitectónica de aquel otro califato, el de los Omeyas, y ensoñarían una nueva arquitectura para su dinastía.

De los arcos entrecruzados de la Mezquita, llevados geoméricamente *ad infinitum* iba a nacer la *tsebka*, o red de rombos entrecruzados, que iba pronto a universalizarse a partir de la Giralda, y a triunfar sobre los viejos temas decorativos iniciales del arte almohade: la palma lisa, el epígrafe y el encintado de lacería geométrica.

La consecuencia artística inmediata en el Alcázar sevillano son los patios del Yeso y de Contratación, tal vez inspirados en las arquerías interiores de la *Dar al-Yund* de Medina Azahara, que trasladados a ordenación mural, iban a generar la prodigiosa decoración de la caña de la Giralda, nombre cristiano del gran alminar elevado por Alí de Gomara sobre la infraestructura pétreo iniciada por Almad ibn-Baso.

La Giralda iba a crear un antes y un después en la historia de los alminares hispano-musulmanes, tanto en al-Andalus como en el Magreb.

Junto a estos prototipos, las pequeñas *qubbas* funerarias con bóvedas octogonales de paños sobre trompas de semibóvedas de aristas, iban a crear un modelo perpetuado luego en las capillas funerarias de nuestras iglesias mudéjares.

Esta trascendental invención de la Sevilla almohade sigue siendo la base estructural de esa Sevilla Eterna, que sigue girando entorno a su también eterno hito de la Giralda. ❖

De la *Ixbilia* andalusí a la Sevilla castellana

Dado que la conquista de *Ixbilia* se llevó a cabo mediante un prolongado asedio, que no produjo destrucciones significativas, los castellanos, una vez que la ocuparon, no necesitaron realizar obras de reconstrucción. Esto quiere decir que se instalaron en una ciudad de características urbanas andalusíes y en casas adaptadas a la cultura mediterránea. Ya que los nuevos pobladores traían consigo un modelo distinto de ciudad, a partir de ese momento se inició un doble proceso: por un lado, esa ciudad heredada fue experimentando ciertos cambios; por otro, en las zonas de nueva urbanización se fue implantando un modelo europeo.

Por lo que se refiere a los cambios, hay que distinguir entre la forma urbana, es decir, sus calles y espacios abiertos y las funciones de centralidad. Por lo que afecta a las primeras, poco a poco se fueron abriendo plazas; primero, con función de cementerio parroquial; luego, como ámbitos de representación y espacios de ennoblecimiento. Así, junto a numerosas plazas ante iglesias, casas nobiliarias y aristocráticas, surgió una plaza mayor o principal de la ciudad, la de San Francisco. También fueron desapareciendo numerosos adarves o callejones sin salida, que habían sido uno de los rasgos de la ciudad andalusí. Paralelamente, se procuró que las calles fuesen más higiénicas y adaptadas a la estética occidental, con trazados más rectos, menos húmedas, para lo que se derribaron arquillos, ajimeces, plantas altas de las casas que volaban sobre el espacio de la calle, etc.;



Patio de la Casa de Pilatos.

en fecha bastante avanzada, a finales del siglo XV, comenzó una sistemática política de pavimentación. Todas estas intervenciones tuvieron un carácter puntual y plurisecular, que hizo que, a pesar de las citadas intervenciones, esa parte de Sevilla no perdiese totalmente sus características morfológicas del período andalusí. En cuanto a las casas, los castellanos se adaptaron a las mismas, introduciendo mínimas transformaciones en su estructura. Es más, cuando las derribaron, las nuevas que construyeron con frecuencia siguieron manteniendo los rasgos fundamentales de aquellas, entre los que destacan la importancia del patio, la escasez de huecos hacia el exterior y la valoración de la planta baja.

A partir del siglo XIII, la posición estratégica de Sevilla hizo que se convirtiese en una de las ciudades más importantes de Castilla, lo que se tradujo en un crecimiento económico y, por tanto, demográfico, hasta el punto de ser la más poblada del reino, sobre todo, en los siglos XV y XVI. Como consecuencia de ello, zonas hasta entonces no urbanizadas o que lo estaban de forma incompleta, conocieron una notable actividad. Pues bien, en éstas sí se introdujo el modelo occidental, caracterizado por el predominio de casas de planta estrecha y alargada, que dio lugar a manzanas rectangulares y al predominio de calles rectilíneas que se cruzaban en ángulo recto. Dicho urbanismo se

puede identificar en la parte antigua del barrio de Triana y en la zona norte del casco antiguo, especialmente, en los barrios de San Lorenzo y San Vicente.

Por tanto, desde la perspectiva de la morfología urbana se podría hablar de dos ciudades con rasgos diferenciales cada una: la heredada de la etapa precedente en la que predominó el urbanismo andalusí, y la que se conformó en los siglos de expansión, que respondió al modelo europeo.

La citada dualidad se puede detectar también en la distribución de las funciones urbanas. Las funciones de centralidad tendieron a concentrarse en los mismos espacios en los que estuvieron en el período andalusí; es decir, en torno a las que habían sido las dos mezquitas mayores de *Ixbilia*, la primitiva de “Adobas” y la nueva construida por los almohades. En torno a la primera, convertida en Colegiata del Salvador, se ubicó el mercado local, en especial el de abastecimiento. Todos los artículos de primera necesidad se instalaron desde la Alfalfa hasta la plaza de San Francisco, entremezclándose con los puestos y tiendas de distintos artesanos y pequeños comercios especializados, como perfumistas y especieros, chapineros, cereros, cordoneros, etc.

En torno a la mezquita almohade, consagrada como catedral cristiana, se instalaron los distintos poderes radicados en la ciudad: el real en el inmediato Alcázar, el episcopal, el municipal en dependencias de la Catedral, hasta que en el siglo XVI se trasladó a la plaza de San Francisco. Pero también centros económicos, como el mercado del aceite, la Aduana, las lonjas de comerciantes extranjeros (genoveses, placentinos y catalanes); las gradas de la Catedral se convirtieron en un gran centro de contratación, donde acudían los grandes mercaderes internacionales para realizar sus operaciones comerciales; por eso, en dicho entorno se encontraban los cambiadores y banqueros, así como algunos notarios. Todos este sector se comunicaba con el puerto –la razón de ser de Sevilla– a través de la actual calle García de Vinuesa,

que, en aquellos siglos, se denominó calle de la Mar. Por todo ello, en el entorno había numerosos almacenes, especialmente de aceite, y se observa una creciente presencia de mercaderes.

La ubicación de todas estas funciones entre las dos collaciones (Salvador y Catedral) potenció la concentración en ellas, a fines de la Edad Media, de actividades económicas inicialmente dispersas por otras zonas urbanas y que, en consecuencia, de nuevo se pueda hablar de dos ciudades separadas, por una línea imaginaria que iba desde la Puerta Osario a la Puerta Real. Al sur de la citada línea se ubicaron todos los centros de poder y de la administración, las actividades vinculadas al gran comercio de exportación e importación y los principales mercados de abasto, así como la residencia de financieros y grandes mercaderes. Los barrios al norte de dicha línea se caracterizaron, por una parte, por su función eminentemente residencial, incluida la de la nobleza, y la concentración de conventos, y, por otra, por una actividad artesanal muy diversificada, si bien, en los barrios más próximos al río, como los de San Lorenzo y San Vicente, y en Triana, tendieron a concentrarse los relacionados con las actividades marineras. Al servicio de estos barrios más periféricos surgieron mercados de abasto secundarios. La única actividad económica que afectó al conjunto de la ciudad situada en este sector fue el mercado semanal de los jueves, que dio nombre a la calle de la Feria. ❖

Caserío del barrio de Santa Cruz y murallas del Alcázar.





Alberca del Alcázar de Sevilla,
óleo sobre lienzo de Joaquín Sorolla, 1918.
Museo Sorolla, Madrid.





RÍOS DE HISTORIA



Agencia Andaluza del Agua
CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE